

Memorias de un condenado

Memorias de un condenado

José Manuel Fernández

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

© José Manuel Fernández

*A todos mis clientes,
que aspiran a ser más libres*

Índice

Introducción.....	11
I. Encuentro en la consulta.....	15
II. Comienza la pesadilla.....	25
III. ¡Págameee...!.....	31
IV. Empatía con mi cliente	37
V. Un suicidio anunciado	43
VI. La peor de las sorpresas.....	49
VII. Tratamiento de choque.....	55
VIII. Un método resolutivo	61
IX. Reencuentro en la noche	67
X. Más allá del túmulo.....	73
XI. Subyugado por el terror.....	79
XII. Intrigante propuesta.....	83
XIII. Crimen y castigo de un trágico pasado.....	89
XIV. La prisión subterránea.....	95
XV. Acecho de ojos invisibles.....	99
XVI. Aparición imprevista.....	105

XVII. Un motivo de esperanza.....	111
XVIII. Huyendo del terror.....	117
XIX. Prueba de liberación.....	123
XX. Obreros del rescate.....	129
XXI. Reflexión final.....	135

Introducción

El trabajo de un profesional de la psicología puede resultar apasionante, aunque una excesiva implicación en los problemas de los clientes puede mermar tus fuerzas hasta límites insospechados. De los más de veinticinco años de ejercicio en esta labor, confieso que una de las experiencias que más me impresionó fue la del relato que os presento en esta breve obra. En ella se hallan contenidas las vicisitudes de un personaje que como Miguel, tuvo una infancia y una juventud terribles, pero que siempre conservó su capacidad para elegir y por ende, para tomar decisiones.

Escogió mal, sin duda, y las consecuencias para él resultaron devastadoras. El sufrimiento y la desesperanza se apoderaron de su vida pero hasta en los momentos más extremos, cuando se hallaba incluso a punto de renunciar a la existencia, surgía algún evento que le animaba a seguir flotando en el mar tempestuoso de su propia singladura. Como solo percibimos la realidad de modo parcial, ya que no tenemos la capacidad para absorberla por completo, los extraños hilos que teje el destino le llevaron a mi consulta, donde descubrí un pasado y unas circunstancias que me conmovieron profundamente.

Por una vez, tuve que emplear recursos que excedían a los convencionales de las ciencias de la conducta y adentrarme en esferas hasta ese momento desconocidas, pero no por ello menos cruciales. El mundo espiritual, con todo su interés y su irresistible atracción se abrió ante mis ojos para atraparme, para que trabajara con él en un desafío al que nunca me había enfrentado. Llegué a la conclusión de que fui utilizado por manos extrañas, por seres invisibles a la vista o al tacto, por circunstancias que nada tienen que ver con las habituales pero que ejercieron sobre mi mente un poder arrebatador.

Al final, no distinguía bien entre quién de los dos se había transformado más, si mi cliente o yo mismo. El efecto terapéutico que esta experiencia supuso todavía llega a mi presente, pues tuvo unas secuelas tremendas. Para mi admirado Miguel, significó la reconducción de su enorme problema, el cual provenía de la noche de los tiempos. Para mí, implicó que mis pupilas se dilataran de una forma tan considerable que pudiera llegar a reconocer la intensa influencia que ejercen sobre nosotros, seres de carne, los moradores del otro "plano".

Cada cual es dueño de sus opiniones, y desde luego, no se trata de convencer a nadie. Como adultos y aunque somos sujetos en permanente construcción, cada uno es libre de juzgar o de analizar la realidad que le envuelve. En mi caso, aunque ya contaba con un historial previo de interés por estas cuestiones del más allá, la exposición al reto que constituyó conocer a mi cliente y tratar de ayudarlo, amplió mis miras, mi interpretación sobre lo que hacemos en esta dimensión material y sobre el sen-

tido último de la vida, cuestiones por cierto, tan antiguas como la criatura humana.

Os invito a introducirnos en la “piel” de Miguel, en su crónica, en sus miedos e inquietudes y también en la descripción de unos hechos extraordinarios, a compartir esta atrayente narración que me hizo reflexionar horas y días, más allá de las paredes de mi consulta.

Ahora, querido lector, es tu turno. Tú tienes la palabra.

El Puerto de Santa María (Cádiz),
verano de 2013.

I. Encuentro en la consulta

Hace algún tiempo, un hombre de unos cincuenta años, aunque aparentaba muchos más, acudió a mi consulta psicológica en búsqueda desesperada de ayuda. Su aspecto demacrado, sus marcadas ojeras y un semblante en general presidido por el abandono y la apatía, captaron mi atención con rapidez. Nada más verle penetrar en la estancia pensé en lo tortuoso que debía haber sido el camino recorrido por aquel sujeto tan flaco y de traza tan desmejorada. No era para menos. Hacía poco que había salido de prisión, habiendo permanecido en ella casi veinte años.

No llegó solo a mi local, pues venía acompañado de su madre y de su hermana mayor. Aquellas dos mujeres también presentaban en su rostro las heridas de un accidente pasado, de un ayer vivido en común con aquel ser débil y de mirada huidiza y que pretendían sellar a través del consejo de un psicólogo, de un profesional que diera con la clave para “curar” la enigmática enfermedad de aquel ser que una tarde llamó a mi puerta.

Tal fue la desesperanza que contemplé en sus ojos y la necesidad de apoyo que precisaba de aquellas dos mujeres, que no se separaba de ninguna de ellas ni si-

quiera un palmo. Les hice a los tres acomodarse para escuchar entonces el relato del motivo que les había traído allí. Las fuerzas del hombre no debían andar muy sobradas pues en mi impresión, hasta trabajo debía costarle abrir su boca, por lo que alternándose en un equilibrado juego de turnos, sus dos acompañantes femeninas dieron inicio a la narración de los pormenores de la vida de aquel exconvicto.

Procedente de un núcleo familiar humilde, había habitado siempre en un barrio socialmente conflictivo. No obstante, la inmensa mayoría de los miembros de esta parentela se habían ganado la vida con honradez, con dificultades en muchos casos, pero sin caer nunca en el delito o en otras “malas artes”. Solo aquel individuo sentado frente a mí había tenido problemas con la justicia.

Incluso ya antes de la adolescencia, mostró unas tendencias más que preocupantes: faltaba a clase, sus calificaciones eran pésimas y sus compañías, a cuál más problemática. Precocemente, descubrió la “pócima mágica” que le haría, pese a su juventud, olvidar el resentimiento que sentía hacia un mundo en el que no encajaba ni encontraba su sitio. Primero fue el alcohol, pues le cogió el gusto a aquello de “sostener” una botella entre sus manos hasta vaciar el contenido en su estómago, mientras su mirada, sumida entre vapores etílicos y grisáceos se perdía en horizontes cada vez más difusos.

Casi a la par, llegó la hora del tabaco, pues tener algo que manosear entre sus dedos y que distrajera su atención de cosas más “graves” se convirtió en un hábito de lo más arraigado en sus esquemas habituales. Además, para un adolescente como él, no dejaba de ser una cos-

tumbre que a fuerza de perpetuarla le aproximaba cada vez más al entorno de los adultos.

El tiempo transcurrió y los dos elementos ya citados le resultaban insuficientes a nuestro personaje por sus débiles efectos sobre su psique. Estaba claro que ya no se conformaba con ingerir grandes cantidades de cerveza, vino o aquello a lo que le invitaran, ni tampoco con absorber el humo denso y venenoso de multitud de cigarrillos. Debido a ello, se hermanó con su “amigo” el “cannabis”, con el que pasaba largas horas de compañía entre las caladas y los resoplidos de esa “risa floja” que le provocaba, apartando de su cabeza inquietudes más esenciales.

Mas este hombre era muy “ambicioso” en el campo de la investigación con las sustancias tóxicas: cuanto más le agujoneaba la conciencia por dentro, cual cuchillo puntiagudo que te penetra desde el interior hacia fuera, más deseaba acallar la cada vez más tímida voz de ese instrumento que Dios dispuso en el silencio del hombre para hacerle recordar sus compromisos con la vida. Quería algo con lo que animarse definitivamente, con lo que superar ese decaimiento que le embargaba en sus breves períodos de lucidez. Conoció la cocaína y se produjo un auténtico “flechazo”. Le encantó, enamorándose de ella desde la primera cita, ya que cuando la consumía, ya no era él propiamente dicho, ese sujeto cabizbajo, amargado y deprimente, sino que se transformaba en un ser mucho más abierto y extrovertido con los demás. ¡Cuántas juergas de juventud entraron por su nariz!

Sin embargo, todo ese espectáculo de festejos y alegría no eran más que puro artificio, fachada que se desmoronaba como quien se quita un disfraz. La extensión de su autoengaño duraba tan solo horas; sueños de aspiraciones fantasiosas que se evaporaban en cuanto la luz de la más triste normalidad se encendía ante sus pupilas. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que tales decepciones, tales vueltas a la rutina, cada vez le exasperaban más, le ponían más tenso, le impregnaban de una ansiedad flotante y de una irritabilidad más y más difícil de dominar. De pronto, reparó en que necesitaba relajarse, viajar hacia dimensiones interiores donde reinaran el sosiego y la calma pese a la irresponsabilidad de sus actos, pero no de forma natural sino con la ayuda de otra “amiga” de andanzas.

Un día, le invitaron a fumar heroína y descubrió la absoluta “paz” que se respiraba en el utópico reino de los opiáceos. Por fin, había hallado cómo estar a solas consigo mismo sin tener que escupir por sus labios continuamente aquellos restos de maldad procedentes de sus pensamientos, esos que le llevaban a creer que la existencia estaba siendo muy injusta con él al no ofrecerle más alternativa que evadirse por todos los medios de una realidad que no aceptaba.

El último de los arreglos por el que apostó nuestro protagonista resultó igualmente un contrasentido. Perdido entre “resacas” de alcohol, “subidones” de coca y “bajadas” del “caballo”, el muchacho tenía que encontrar algo fácil de conseguir y hasta barato, que le compensara de los terribles vaivenes que experimentaba cuando abusaba de las anteriores sustancias. Acudió para ello a

la farmacología de la calle, la que estaba presente en las esquinas del barrio, la que servía para hacerle olvidar lo que debería haber pensado antes de volver a consumir. Y se introdujo de lleno en el tenebroso mundo de las pastillas, las que fueran, pero que ayudaran a aliviarle de los agudos toques de atención de su conciencia, ya cada vez más diluidos entre tanto veneno que se estaba metiendo dentro de su cuerpo. ¡Maldita rueda de la fortuna – criticaba con rabia hacia sí mismo, que en su girar imprudente, le conducía de nuevo al punto de partida, a otro tropiezo, cuando aún no se había recuperado de su anterior caída!

Definitivamente, si el organismo era el “traje” del espíritu durante la vida, aquel tenía ya tantas manchas, arrugas y agujeros que más que servirle de vehículo era ya todo un estorbo. Su angustia vital y su desorientación se veían de nuevo difuminadas con la toma de otra píldora que una vez sí y otra también, lo único que hacía era postergar la solución de un problema que cuanto más tardaba en afrontar más le pesaba en el macuto existencial que todos llevamos a nuestras espaldas. Sumido en el sueño de la inconsciencia, las horas pasaban mientras la desidia le mecía de un lado a otro, pero nunca giraba su rostro para mirar de frente las demandas propias del simple transcurrir del tiempo. Y es que esta última palabra le aterrorizaba.

¡Vaya trayectoria! – me decía yo, mientras intentaba contactar sin éxito con los ojos de aquel resto de hombre, en representación del cual hablaban su madre y su hermana. Ni me miraba. Tenía su vista fija en el suelo, prefiriendo por vergüenza que los demás describieran

por él la ruina de sus andares. De pronto, sucedió algo imprevisto. Esa persona levantó ligeramente sus brazos y asiendo por las muñecas a las mujeres sentadas a su izquierda y a su derecha pronunció en tono bajo pero entendible una sola expresión: “ya basta”.

Fue como un antes y un después. Por razones desconocidas, aquel señor cayó en la cuenta que nadie debía seguir contando por él lo que a él le pertenecía, que estaba harto de escuchar por boca de otros los avatares de su camino de perdición. Tuvo un ataque de honestidad y en medio de la consulta, decidió por su propia voluntad ser el intérprete de su propia tragedia. Desde ese momento, pasó a adueñarse del reino de las palabras y fue él quien narró los diferentes capítulos de su triste historia.

Los efectos de distracción de esas sustancias incorporadas a su organismo tenían un más que elevado coste. Nadie se las regalaba, aunque algún amigo le invitara de vez en cuando a una consumición, por lo que hubo de arreglárselas para sostener tan caras necesidades. Las consecuencias no se hicieron esperar: al principio fueron pequeños robos en su barrio y luego otros de mayor cuantía en otras zonas de la ciudad o incluso en otros lares, alejados de su localidad y en compañía de otros “colegas” de profesión.

Más adelante, halló algo “digno” de sí mismo y para lo cual no necesitaba realizar un doctorado: el trapicheo con drogas. Con este sistema conseguía ciertas ganancias que dividía a partes iguales. Por un lado, le servía para obtener algo de dinero, incrementando así su comercio a pequeña escala y por otra, una porción de lo que adquiriría a sus contactos se lo gastaba en sí mismo.

Como puede observarse, nuestro protagonista aplicaba con todo rigor y sobre sus espaldas la máxima de que la “caridad” debía empezar por uno mismo. Acorde a sus esquemas más instintivos, era preciso reservar una cuota del “género” con el que trabajaba como modo de aligerar las penas y sobrevivir en el día a día.

Aun siendo tan joven y como era de prever, su salud se vio deteriorada. Las arrugas, los moratones y la extrema delgadez llamaron a sus puertas y mientras que vivía como un fantasma en casa de sus padres, una jornada, en una analítica de sangre que sus progenitores le obligaron a hacerse, descubrió una lamentable realidad tan solo a él atribuible: no solo había desarrollado la hepatitis sino que también era portador del VIH (virus de la inmunodeficiencia humana). Ante unos resultados tan deplorables para su vitalidad, se limitó a exclamar: “¡Maldita droga! ¡Me ha roto por dentro!”.

Pero como no sabía qué hacer ni atisbaba escapatoria a su afligido deambular por los adoquines de unas calles que le observaban consumirse hora a hora, minuto a minuto, no solo no abandonó a sus queridas “sustancias tóxicas” que tantos “beneficios” le habían deparado, sino que las abrazó aún con más fuerza, deslizándose por un tobogán que descendía al centro de la más aterradora negritud, allí donde habitan las sombras más espesas y las más inquietantes compañías del Umbral festejan con un brindis tu bienvenida a sus dominios.

Una tarde y debido a ese extraño equilibrio que todo lo gobierna pese a algunas apariencias en contra, fue detenido en flagrante delito por la policía cuando cometía uno de sus acostumbrados robos. Pequeñas condenas

al principio que fueron aumentando conforme salía y volvía a entrar en la cárcel, marcando indefectiblemente su peregrinar en el decenio que transcurrió desde que cumplió los veinte hasta que alcanzó los treinta años de edad.

Lo que aprendió allí dentro no le valió de mucho, ni tampoco cambió sus esquemas para afrontar la realidad y sus desafíos. Simplemente se acomodó, contemplando el aburrido y triste paso de los días pero eso sí, sin hacer absolutamente nada por mejorar o aprender algo constructivo, no fuera a ser que se alterara su consolidada rutina vital. Después de todo, la prisión no le resultaba más que un microcosmos dentro del macrocosmos de la calle, o en otras palabras, una fiel e intensa representación aunque en pequeño de su mundo habitual.

Tras los barrotes, se relacionaba con gente de similar perfil a la de su barrio, de idénticas motivaciones, lo que no hacía sino reforzar su consabida tendencia a evadirse de la realidad a cualquier precio. Consumía drogas cuando podía, según disponibilidad, “matando” el tiempo con interminables paseos por el patio o con repetitivas charlas con otros compañeros de internamiento, las cuales contenían argumentos de todo tipo menos de carácter provechoso o esperanzador. Lo único bueno que obtuvo fue someter a cierto control el declive de su salud, pues sumergido en la disciplina penitenciaria, al menos se acogió al hábito de tomar regularmente su medicación antirretroviral y su metadona (sustancia que se emplea bajo control médico en los programas de desintoxicación y mantenimiento de los dependientes de opiáceos, tales como la heroína).

Bordeando la treintena, por fin salió en libertad externa, que no interna, ya que el croquis de su irresponsabilidad y de la inconsciencia estaban esculpido en su alma como una estatua de piedra trabajada a propósito y a la que ya es difícil cambiar de aspecto. Una tarde, a las pocas semanas de su excarcelación, se hallaba en una de las esquinas acostumbradas de “trabajo” de su barriada y resultó que uno de sus “clientes” habituales, al que conocía desde la niñez, no estaba dispuesto a pagar el precio que nuestro personaje le exigía ante la “pureza” de su mercancía.

La discusión subió de tono y entre forcejeos y empujones a los que se añadieron una serie de puñetazos, nuestro protagonista extrajo de su pantalón una navaja de esas que ni siquiera hay que abrir, sino que tan solo con pulsar un botón en su empuñadura están listas para lo que haga falta. Sin pensarlo más de una vez, se la clavó en el tórax al otro, empujándola con fuerza entre las costillas de su víctima mientras que un esputo en forma de palabra salía de su boca asesina al proclamar “¡págamee...!”

Fue lo último que el moribundo escuchó de los labios de su verdugo, pues cayó mortalmente herido sobre el asfalto, al atravesar la punta del cuchillo uno de los lados de su corazón, por lo que este se precipitó contra el suelo llevando su mano al pecho en un gesto de lo más evidente y que indicaba que había llegado su hora definitiva. Nuestro hombre había traspasado una frontera crucial. Ya no se había limitado a robar lo ajeno o a cometer delitos contra la salud pública. Ahora le había arrebatado

la vida a alguien, a otro ser probablemente de su misma catadura, pero una persona con todo su derecho a vivir.

Miguel*, pues así se llamaba mi cliente, arrojó en gesto involuntario el arma homicida sobre el pavimento. Tenía restos de sangre en su mano derecha, los cuales intentaba limpiar nerviosamente introduciéndola y sacándola de forma compulsiva del bolsillo de su cazadora. Aquel aciago día, empezó a cavar la tumba de sus futuros pasos, pues incluso en el momento de mi primera entrevista con él, aún seguía extrayendo paletadas de tierra de su fosa de culpabilidad, para ajustarla al tamaño de su cuerpo y de su crimen.

* El nombre de Miguel es ficticio. Se ha cambiado el original para preservar la identidad real del cliente.

II. Comienza la pesadilla

Huyó a toda prisa de aquel terrible escenario y extenuado por el esfuerzo de correr y escapar, se refugió en una construcción en ruinas que había junto a las afueras de la ciudad. Por una vez en su reciente cronología, se hallaba plenamente consciente de lo que había sucedido y de lo que había hecho. Esta anómala situación de lucidez en su trayectoria fue demasiada carga para una mente nada acostumbrada a funcionar con normalidad. En uno de los bolsillos laterales de la chamarreta que vestía, tenía una pequeña bolsita de plástico que contenía varios tipos de fármacos, aunque todos ellos bajo el denominador común de inducir al sueño del que los tomara.

La culpabilidad que apreciaba en su interior por el acto cometido y una especie de ansiedad paralizante que le subía desde el estómago a la garganta, hasta incluso dificultarle la respiración, le resultaron insufribles. Vacío todo el contenido de las píldoras en una de sus manos y con la única ayuda de su saliva, la cual le costaba trabajo secretar debido al desasosiego que sentía, las fue tragando una a una hasta que tumbado sobre los ladrillos derruidos de aquel solar en el descampado perdió finalmente el conocimiento.

La existencia de testigos en aquella frecuentada esquina, lugar del crimen, mas la presencia de sus huellas como señal identificativa en la navaja, determinaron un testimonio más que suficiente para reunir señales evidentes de la autoría homicida de Miguel. No pasaron muchas horas hasta que las fuerzas del orden, ayudadas por el potente olfato de perros adiestrados en estas lides, le localizaron y detuvieron.

Dado su lamentable aspecto, fue trasladado inconsciente en ambulancia a un centro hospitalario donde tras someterse a un lavado de estómago y salir de peligro, fue conducido a comisaría a declarar. Los datos eran tan contundentes que no existió la menor duda en la policía acerca de la responsabilidad de mi cliente en la muerte del joven que había discutido previamente con él y que había caído bajo su mano ejecutora.

El juez, como resultaba previsible y a la vista de las pruebas reunidas, determinó su inmediato ingreso en prisión donde permanecería como interno preventivo hasta la fecha de celebración del juicio. Pasados unos meses, se produjo el veredicto final con el resultado de una sentencia impuesta de más de veinte años de condena, no solo por la muerte por él provocada sino también por un delito contra la salud pública. Estaba claro que una nueva fase crucial en la vida de nuestro personaje se abría paso.

Pero con ser el castigo aplicado por el tribunal extenso en su duración, al haber sido el actor principal del más brutal de los delitos, la pena más dura a la que fue sometido Miguel no le vino asignada por la toga de los

jueces sino por alguien del que jamás sospecharía que volvería a hallar en su camino: su víctima.

Algo debió intuir nuestro hombre cuando durante los dos días que permaneció en los calabozos de la comisaría, se enfrentó a unas pesadillas horribles relacionadas con el luctuoso hecho. Aún así, no le concedió mayor importancia, sino que simplemente las atribuyó a la fuerte agitación interna sufrida ante un hecho que iba a afectar de un modo tan significativo a su existencia. Sin embargo, el peor de los escenarios imaginados se transformó en cruel realidad. Fue justo la primera noche que pasó en prisión cuando a eso de las dos de la madrugada, la silueta fantasmagórica del fallecido se le apareció con todo detalle a los pies de su cama.

Aquella forma humana miraba a su asesino atravesándole con actitud de desprecio y odio a la vez, al tiempo que clavaba sus ojos en las pupilas de nuestro personaje en un suceso que hubiera helado la sangre de hasta el individuo más preparado. Para dar mayor énfasis al encuentro, la figura abrió la boca como cuando uno va a lanzar un tremendo grito y resultó entonces que Miguel escuchó en sus adentros un chillido aterrador que exclamaba: ¡págameee...! Justo la misma palabra que él había pronunciado mientras asestaba la mortal puñalada que envió a ese ser a la otra dimensión.

Mi paciente no entendía mucho del más allá ni nunca se había interesado por las cuestiones de ultratumba, pero estaba claro que el espectro que en medio de la noche había surgido en aquella celda que ocupaba, no podía ser otro que el de su antiguo "colega" del barrio, Lucas, pues así se llamaba aquel desdichado sujeto que

había terminado sus días entre borbotones de sangre manando de su pecho y tendido por el suelo como señal del triste adiós a una malograda existencia.

Aunque Miguel ignorara mucho acerca de estos temas, su sentido común le llevó rápidamente a una conclusión: aquella sombra que observó con toda nitidez era sin duda el espíritu de su víctima, que animado seguramente por las ansias de venganza hacia el ser que había cortado su hálito, había vuelto de la sepultura para ajustarle las cuentas. “Es él, sin duda”, se dijo, mientras que su corazón latía a un ritmo vertiginoso y el susto le erizaba todos los vellos de su cuerpo. Un escalofrío inquietante le recorría desde la coronilla hasta sus talones, con el extraño presentimiento en su mente de que aquello constituía tan solo un anticipo de lo que habría de llegar en el futuro.

Ni siquiera puso sus pies en el suelo para levantarse. Permaneció como petrificado, superado por aquella angustiada coyuntura, reclinado sobre la almohada sin querer volver a mirar al lugar donde se había materializado la amenazadora silueta, no fuera a ser que aquella espectral figura se le apareciera nuevamente, o peor aún, le atacara. Por fin y tras una serie de jadeos incontrolables efectuados bajo las sábanas, se armó de valor y logró asomar su cabeza hasta dirigir sus ojos hacia la zona donde se había formado aquella turbadora imagen que le desafiaba.

Afortunadamente para él, no vio nada, salvo la pared desnuda del fondo que se distinguía entre la penumbra. Su compañero de celda que dormía en la litera de arriba ni siquiera se había percatado del incidente, por lo que

continuó con sus apagados ronquidos el discurrir de su sueño. Esa madrugada, sobrecogido por la impresión, a Miguel le costó horrores volver a cerrar sus ojos, hasta que perseguido por el agotamiento y la fatiga se dejó mecer de nuevo en la barca que le transportó hasta el reino de Morfeo.

III. ¡Págameee...!

A primera hora, justo antes del amanecer, su fugaz descanso fue interrumpido por el potente sonido del timbre instalado en la galería y que anunciaba que debía despertarse y ordenar la celda. Al levantarse, comprobó cómo su cuerpo se sentía tremendamente cansado y lo que era peor, agobiado por el recuerdo de la imagen percibida durante la noche. Después de desayunar, prefirió la soledad y dando una y mil vueltas al perímetro del patio, intentó analizar lo ocurrido, como modo de encajar en su estructura mental los acontecimientos desarrollados en medio de la madrugada. Esta coyuntura, añadida a la expectativa de pasar largos años en prisión, provocó que aquella jornada le resultara una de las más difíciles de sobrellevar en los últimos tiempos.

“Veamos, – se dijo a sí mismo llevado por un impulso reflexivo. Si Lucas ya lleva varios días bajo tierra, llorando por su familia pero al fin y al cabo en el otro barrio ¿cómo es posible que haya pasado lo que ha pasado? ¿Y si me he confundido? ¿Y si no ha sido más que una mera ilusión? Tal vez se trate de un mal sueño, muy real por cierto, pero solo un sueño. Y sin embargo ¿por qué tengo tan fresca la evocación de su rostro en mi memoria? ¿Por qué siento en mis oídos esa terrible expresión con la que

se dirigió a mí? ¡Dios, qué confusión! ¡Me va a estallar la cabeza! ¡Tengo que olvidarme de esto o me obsesionaré hasta volverme loco! Lo que me faltaba, preso y encima viendo visiones, la peor de las desgracias. ¡Tranquilidad, Miguel! Sea lo que sea seguro que se trata de un hecho aislado y que no se repite más. O al menos eso espero, porque ha resultado horrible”. Estas fueron algunas de sus cavilaciones durante aquella mañana de tan mal recuerdo, según me confesó en la consulta.

Las cosas parecieron mejorar pronto ya que en las jornadas siguientes todo transcurrió con la normalidad acostumbrada, esa rutina a la que por ser reincidente, mi cliente ya se había habituado: desayunar, patio, comida, siesta, patio, cena y subida a la celda para dormir. Pero por más que se empeñara con sus ilusiones, las cosas no iban a salir como nuestro personaje pretendía para su tranquilidad. Pasadas unas semanas, el fenómeno se repitió. Esa madrugada ni siquiera pudo mirar la hora en el reloj debido al pánico que se apoderó de él. De nuevo, la imagen del rostro de Lucas, esta vez si cabe, con una mayor carga de indignación en sus muecas. Otra vez allí, a los pies de la cama.

La situación resultaba digna de estudio. Al principio se dio cuenta del suceso porque algo, lo suficientemente intenso en su expresión, le rozó por alguna parte de su cuerpo. Esto le originó un súbito despertar y tras incorporarse levemente del lecho, miró al frente para distinguir lo que al principio parecía una silueta borrosa pero que después se transformó en un contorno muy definido y con el rostro bien perfilado de su víctima. Cuando de nuevo escuchó en sus orejas aquel temido “¡pága-

meee...!”; dio un bote sobre el colchón debido al susto, por lo que se golpeó la cabeza aunque sin sangrar con el hierro superior que servía de soporte a la litera del otro preso que dormía arriba de él.

Esta vez, su compañero de internamiento sí que se despertó por el ruido provocado. Con aire de gran enfado mandó directamente al infierno a Miguel mientras se giraba hacia el otro lado para intentar retomar el sueño. Era evidente que no se imaginaba ni lo más mínimo el angustioso trance que estaba atravesando su camarada de penas. La aparición se evaporó, quizá fueran segundos, aunque seguro que para mi paciente resultaron interminables. En cualquier caso y en lo que restaba de noche, Miguel no volvió a cerrar sus párpados permaneciendo inmóvil en la oscuridad como un vulgar búho.

Pensativo y cada vez más preocupado, comprobó que la figura que le aterrorizaba no emergió más de entre las sombras de la madrugada. Ojeroso, molido como si le hubieran propinado una paliza hacía unas horas, paseaba por el patio con aspecto similar al de un zombi. Cayó en la cuenta, para su desgracia, de que sus peores previsiones se habían cumplido. Aquello ya no tenía el aspecto de un incidente aislado. Allí se estaba tramando algo de mayor calado en lo que mi cliente vislumbraba como una terrible venganza hacia su persona.

Nuestro personaje, el que había acudido ansioso a mi consulta en búsqueda desesperada de ayuda, jamás pudo precisar el número de veces o con qué frecuencia se le aparecía su antiguo colega, asesinado por su mano de una brutal puñalada en el corazón. Lo mismo era “atacado” por la fantasmagórica presencia de Lucas más

de una vez a la semana como luego y sin razón alguna, podía estar más de una quincena sin enfrentarse a tan impactante experiencia.

El pesimismo y la desesperanza más paralizante se apoderaron de él durante los siguientes meses. Se sentía derrotado, abatido ante una lucha que no sabía cómo encarar. No conocía método alguno que pudiera librarle de tal horror, el que constituía la agobiante presencia de su examigo de juventud, un alma que vagaba a sus anchas por allí y que al parecer se proponía aplicar una espantosa represalia por el acto tan ruin cometido sobre su persona.

Si bien al principio tuvo muchas dudas sobre si comunicar a alguien la realidad de aquel fenómeno para que no le tacharan de loco, lo cierto es que pasado un tiempo y viendo que aquellas estremecedoras manifestaciones no cesaban, optó desesperado por acudir a los servicios médicos del centro penitenciario. Como el tratamiento farmacológico prescrito no mitigó los síntomas de su extraña “enfermedad”, por fin fue derivado en consulta hacia un especialista en psiquiatría de un hospital cercano donde se atendía, bajo custodia policial, a los presos que presentaban complicaciones en su salud.

El diagnóstico fue claro: psicosis delirante, procedente de una extensa trayectoria en el consumo masivo de sustancias tóxicas a lo largo de su vida. Aunque la medicación neuroléptica que le fue recetada le mantenía muy sedado e incapacitado para pensar con normalidad, aquello no supuso ni mucho menos el final de su tortura. Próximo a cumplirse un mes desde la última aparición de Lucas, una noche y de forma sorpresiva debido a las

expectativas favorables que se había formado nuestro amigo, de pronto se repitió el episodio. Esa palabra que se había convertido en maldita para él, “¡págameee...!”, resonó en sus sienes con más fuerza que nunca, como si su perseguidor quisiera realizar una demostración de fuerza para probar que no existía fármaco en el mundo que pudiera controlar su acoso y derribo hacia el causante de su tránsito al más allá. Aquella madrugada, Miguel, encerrado en la celda, sufrió el ataque de pánico más feroz de todos los que había experimentado hasta ese momento.

IV. Empatía con mi cliente

El suceso acaecido y la hora intempestiva a la que se produjo, provocaron las quejas a los funcionarios por parte del interno alojado en la misma celda que Miguel. Lo recurrente del caso y la mala fama que nuestro personaje se creó entre el resto de los presos como alguien lunático o perturbado, dado el carácter enigmático de lo que le ocurría, provocó el que al poco fuera ubicado en una celda solitaria en el departamento de enfermería; todo ello con vistas a evitar futuros incidentes o peleas en el establecimiento, dado que resultaba muy desagradable para otro recluso el ser despertado de una forma inesperada con chillidos o gestos de terror por un personaje como mi paciente, sabiendo además que se estaba tropezando con un “muerto”. La prisión, desde luego, no era un sitio donde existiera demasiada paciencia con los males o las enfermedades de sus “inquilinos”. Para entender esta reacción, tuve que realizar un esfuerzo por situarme en un ambiente tan peculiar como el carcelario.

Recuerdo a la perfección mi conversación con Miguel como si se estuviera desarrollando en estos instantes que escribo. Ahora sí que me miraba, como demandándome que fuera empático con él, que me imaginara

aunque solo fuera levemente, el calvario por el que debió pasar su vida en aquellos años de encerramiento y sometido al hostigamiento de su víctima. Me figuraba lo angustiioso de la coyuntura para él, el tormento que debía suponerle el despertarse de un modo tan agitado en mitad de la oscuridad, sentir cómo tu piel es restregada en algún punto y al momento, abrir tus párpados para advertir la fantasmal presencia de la persona que tú mismo has matado con tu propia mano.

Contemplándole, escudriñando las facciones de su rostro con los ojos de mi alma, me recordaba a las fotos de aquellos prisioneros de guerra que justo después de ser liberados de su cautiverio, mantienen la mirada perdida y el semblante como sin expresión, como si el castigo al que han sido sometidos les hubiera supuesto el borrar cualquier señal o chispa de vida de su cara. ¡Qué terrible pesadilla debió suponer para este hombre exponerse durante tanto tiempo a una situación en la que alguien procedente del mundo de ultratumba reclamaba la peor de las venganzas para su verdugo!

Y a fe mía que lo consiguió, pues el ser humano que observaba sentado en mi consulta era más bien el resto de una persona carcomida por unos tremendos recuerdos en los que se mezclaban a partes iguales la memoria de un asesinato y los remordimientos que le apretaban su garganta hasta casi asfixiarle. Era como si la evocación de lo sucedido le apagara el soplo de su existencia, instándole a vivir atado a un pasado al que se sentía encadenado sin posibilidad alguna de escapatoria. Se asemejaba al proceder de un naufrago, que en mitad del mar saca su cabeza del agua para aspirar oxígeno y

cuando cree que está a salvo, una mano invisible, poderosa pero siniestra, empuja su cabeza hacia las profundidades del océano, para comprobar cuánto aguanta esta vez sin tomar aire.

Y así sucesivamente, una y otra vez la tortura desde el otro “lado” se reproducía como el crepitar de una madera seca cuando arde, meses y más meses, años y más años. Por tal motivo, no me extrañaba nada el color cetrino de la piel de mi cliente; no era más que el reflejo de un brutal sufrimiento interior mantenido durante casi dos decenios, un padecimiento que con toda probabilidad habría quebrado la salud física y mental de más de uno hasta partirla por la mitad.

Sin embargo y como a veces ocurre en el discurrir de los acontecimientos, aquella persecución implacable proveniente del más allá, conllevó un aspecto positivo. Miguel se dio cuenta de un dato más que interesante. Por razones que no comprendía, los “ataques” de Lucas resultaron mucho más intensos y angustiosos una vez le fue prescrita la medicación que al principio, cuando no tomaba ningún tipo de tratamiento farmacológico. Por eso, un día, extenuado por la magnitud de esos “acosos fantasmagóricos” se hartó: abandonó las pastillas, aquellas que debía ingerir supuestamente para retornar a la realidad y alejarse así de la aterradora imagen de su enemigo reclamando el pago de su deuda.

Desde aquella jornada, renunció para siempre a la porción habitual de cápsulas neurolépticas. Al principio, las recibía para luego arrojarlas por el lavabo, a fin de no levantar sospechas. Transcurrido un período prudencial y sobreponiéndose a la adversidad, habló

con los médicos y confesó que quería reducir su dosis progresivamente al sentirse capaz ya de llevar una vida normalizada sin necesidad de más comprimidos. No le quedó más remedio que mentir, al manifestar que las visiones habían desaparecido, que su ánimo estaba más optimista y que había recobrado las ganas de vivir. En el fondo, lo único que pretendía con aquella “actuación” era reducir la intensidad de cada una de las apariciones de Lucas, más dolorosas en su exposición con medicinas que sin ellas.

Miguel dio un paso decisivo con esta elección. Por lo pronto y aunque forzado por la naturaleza de los acontecimientos, rompió con un pasado donde el consumo de psicofármacos constituía su rutina habitual. Después, comenzó a detestar todo aquello que alterara su conciencia, fuera la droga que fuera. Su explicación me traía a la cabeza el famoso dicho de “más vale tarde que nunca”, aunque muchos efectos de esas sustancias resultarían ya irreversibles en el organismo de mi paciente.

Una crucial paradoja se estaba desarrollando en aquella inquietante historia; el miedo a las apariciones de su viejo colega de andanzas le habían forzado a una alteración fundamental en sus antiguos hábitos de consumo. Para romper la fatal asociación entre medicamentos y un mayor volumen en las expresiones de su asediador, fue dejando de lado poco a poco sus antiguas costumbres vinculadas a la drogadicción. Con el paso de los años, abandonó incluso la dispensación institucional de metadona, la que bloqueaba su querencia hacia la heroína, pues ya no la necesitaba.

Las apariciones espectrales no desaparecieron, pero a fuerza de adaptarse, las reacciones de Miguel se convirtieron en menos traumáticas aunque no por ello menos perturbadoras. Sin duda, se trataba de un fenómeno extraordinario al que nunca se iba a familiarizar pero una noche, aprendió a no “escapar” de la presencia de Lucas en la madrugada.

V. Un suicidio anunciado

En aquellas ocasiones en las que intentaba sustraerse a la enloquecedora influencia del espectro, cubriendo sus cabellos con la manta de la cama o escondiendo su cabeza bajo las sábanas, la reacción del espíritu resultaba todavía más inquietante. En esos momentos de agitación y cuanto más trataba Miguel de evitarlo, el fantasma comenzaba a “tocarle” por todas las partes de su cuerpo, cual mano invisible que le palpara para reafirmar su mensaje de que estaba allí, junto a mi asustado paciente. Ejercía una constante presión sobre su piel a fin de que le mirara, para que contemplara con todo detalle la expresión de su rostro vengativo, de un semblante vaporoso surgido de entre las tinieblas, rematando siempre su insoportable faena con la consabida y espantosa declaración: “Págame”.

Era tal la impresión que le causaban esos roces del más allá, que para terminar con aquel martirio psicológico, ese que dicen que duele más que el más brutal de los golpes sobre la carne, Miguel se destapaba rápidamente en gesto impulsivo y de furia, como deseando poner fin cuanto antes a aquella tortura procedente del túmulo. Entonces, con esa rabia que tantas veces proviene de la impotencia, abría sus ojos y miraba directamente a su

víctima, pues sabía que tras unos segundos siempre largos para su mente, el rostro desafiante de Lucas desaparecía en medio de las sombras y del más gélido silencio.

¡Qué desgracia no ser creído por nadie! Ni por funcionarios, ni por médicos, ni por los otros presos. Y es que las penas suelen ser más crueles cuando se soporitan entre la soledad de unos fríos muros y carente de libertad. Dos condenas, sí, la oficial de veinte años más la añadida por la comparecencia regular de su examigo en la celda. En su cabeza, cada vez más desequilibrada por el acoso al que se veía sometido, latía el pensamiento de que cuanto antes adelantara la exposición a aquel maldito fenómeno, antes terminaría con esa carga que llevaba sobre sus hombros y que por momentos y sin piedad, doblaba su espalda hasta humillarle. Y así una noche y otra más, sin precisar un ritmo fijo de apariciones pero tronchando su moral hasta dejar su ánimo por debajo del umbral de la dignidad.

Dentro de su crónica negra, Miguel me relató otro tristísimo hecho vinculado con su estancia entre rejas que me conmovió al máximo. Pensaba yo, al escucharle, que uno no deja de sorprenderse nunca por las asombrosa influencia que desde el otro plano se puede ejercer sobre el más acá. Hacía dos días que nuestro protagonista había sufrido en su mazmorra uno de los programados “ataques” por parte de su antiguo compañero de andanzas. A la mañana siguiente, la falta de sueño, su cada vez más creciente irritabilidad y su escaso autocontrol, propiciaron una descomunal discusión con otro recluso en la cola del economato del patio a la hora de pedir café.

Sin prever sus efectos y aturrido por la falta de descanso, había amenazado con “rajarse la cara” a uno de los “kíes” (interno que por su historial conflictivo dentro o fuera de la cárcel, ejerce labores de liderazgo sobre los demás presos doblegando su voluntad) recién llegados a ese módulo. Con la aparición de los funcionarios para poner orden en el tumulto formado, se pudo detener aquella pelea que no había pasado del altercado verbal. No obstante, antes de disolverse el alboroto, mi cliente pudo escuchar perfectamente las palabras que el otro preso, conocido precisamente por su elevado grado de psicopatía, le deslizó en sus oídos antes de alejarse de él. “¡Despídete de esto, chaval, estás muerto!” – profirió aquel interno dotado de influencia para ejecutar su siniestra amenaza.

Miguel no era un novato en el mundo carcelario, por lo que conforme pasaron las horas fue cayendo en la cuenta de lo que podía suponerle aquella frase susurrada en su oreja pero tan contundente por su peligro real. La tomó tan en serio que se maldijo durante toda la tarde por su inconsciencia y por su naturaleza impulsiva, por no haber sabido calibrar la dimensión del sujeto con el que estaba riñendo. Fueron minutos de tragar mucha saliva amarga, arrepintiéndose hasta el infinito por no haber cedido el turno en la cola a su “contrincante”.

Extraviado entre los síntomas de un fuerte ataque de ansiedad y cabizbajo ante las terribles consecuencias que podía ocasionarle aquella disputa de la mañana, difuminó la razón de su mente sintiéndose más vulnerable que nunca. Esclavo de los más infaustos vaticinios, quiso poner fin a sus sufrimientos, al penoso discurrir por la

existencia de un hombre que como él, se había arrastrado por el fango de la iniquidad, sin levantar nunca la cabeza de los que manifiestan un mínimo de amor propio.

Una vez encerrado en su solitaria celda, pues no podía compartirla con nadie debido a la problemática de sus repentinas visiones, tomó entre sus dedos su cepillo de dientes. Con un trabajo laborioso y tras afilarlo repetidamente contra los ásperos ladrillos de la pared, transformó su mango romo en forma puntiaguda y penetrante. Cuando acabó su tarea, había transcurrido un buen rato desde que estaba a solas. Con respiración agitada, mareado por el ajeteo interno en sus excitados movimientos de inspiración y espiración y con su juicio diluido como un terrón de azúcar vertido sobre agua hirviendo, Miguel se tumbó sobre el delgado colchón de la litera.

Volviendo su vista hacia el techo y en mitad de la penumbra, asió aquella arma picuda y con su mano derecha presionó con fuerza la punta del cepillo contra su muñeca izquierda. Ni siquiera dirigió una ojeada a la zona del "crimen". Al poco, sintió el típico dolor que le indicaba que había quebrado las venas de su antebrazo. Sin dejar de mirar hacia arriba, arrojó aquel improvisado estilete sobre el suelo y palpó con sus dedos la parte afectada, comprobando cómo la sangre manaba poco a poco de la herida que él mismo se había infligido.

Pasaron los minutos y conforme se dejaba invadir por el sueño que precede al tránsito, no se arrepintió de la acción ejecutada. Para morir violentamente, dejando reposar su cabeza para siempre en el cemento de un anónimo patio carcelario y acabar como un vul-

gar colador a manos de otro interno, prefirió poner fin a sus constantes angustias por su propia mano. La vida no le echaría de menos – meditó. Mientras tanto, se iba sumiendo en esa especie de letargo, en esa progresiva merma de la conciencia que implicaba la pérdida paulatina de la sangre.

Mas como el destino no siempre coincide con nuestras intenciones por muy firmes que estas sean, en esos momentos previos al abandono del traje corporal y antes de cerrar eternamente sus ojos, pudo vislumbrar sorpresivamente el rostro de su enemigo revoloteando sobre su silueta ya casi inerte, inseparable de su acostumbrado “págame” retumbando como un trueno en las sienas de Miguel.

VI. La peor de las sorpresas

Fue entonces, en medio de aquella desesperada coyuntura en la que su vida pendía de un hilo, cuando unos intensos porrazos comenzaron a escucharse con gran estruendo en la puerta de hierro de su celda. Miguel no podía dar crédito a lo que oía. El ruido, similar al que efectuara una gran mano pegando puñetazos con fuerza sobre una superficie metálica, provocó un gran escándalo en la galería del módulo. Pasados unos minutos, varios funcionarios acudieron a investigar el porqué de aquel atronador sonido, el cual indicaba que algo grave estaba sucediendo. En efecto, al abrirse la cancela de la mazmorra, los trabajadores del centro penitenciario hallaron el cuerpo inconsciente de nuestro protagonista tumbado sobre la cama. Lo último que este notó fue cómo resultó agarrado por varias manos que le sacaron de aquel cubículo.

Cuando recobró la conciencia, sabía que no estaba en la cárcel sino en un hospital. Se estaba recuperando de un intento frustrado de suicidio. Atado de pies y manos para evitar una nueva tentativa, procuró hacer memoria de lo ocurrido. Había perdido mucha sangre pero no la suficiente como para viajar al otro "barrio", justo adonde él quería trasladarse cuando cortó sus venas del antebrazo.

El interrogante sobre quién había hecho sonar la puerta esa noche le turbaba el pensamiento. ¿Quién avisó a los funcionarios? ¿Quién provocó aquel alboroto con tanto ímpetu? ¿Cómo pudo originarse ese brutal ruido que a la postre le salvó la vida? ¿Fue el propio Lucas? ¿Había allí alguien más que proporcionó el crucial aviso para que resultara auxiliado? Pero ¿quién? ¡Si estaba completamente solo! ¡Qué enigma! Como suele decirse, no era su día, o al menos alguien determinó que no había llegado aún para Miguel la hora de despedirse del plano físico. Ese era el motivo por el que este desafortunado hombre permanecía aquella tarde frente a mí relatándome su experiencia.

Quando fue dado de alta del centro sanitario, Miguel fue destinado a otro módulo de la prisión a fin de no coincidir nunca con el recluso que le había amenazado. Los años pasaron y como la mente humana, con tal de sobrevivir, es capaz de habituarse al peor de los sufrimientos, llegó el momento en que mi paciente, arrojado en los brazos de la indefensión, se acostumbró a la visita de la peor de sus pesadillas nocturnas. Durante su estancia como interno, nunca logró saber por qué las apariciones se producían solo de madrugada ni tampoco el motivo de la irregularidad de las mismas. Era como si el desconocer cuándo iba a ser molestado por aquel espectro, le supusiera una carga añadida de crueldad a su tortura.

Sin embargo, el agotamiento y el coste que tenían para su salud tanto su falta de libertad como las visitas sin programar de su vengativo exámito, prosiguieron implacablemente. Superados todos aquellos avatares, incluido el citado intento de nuestro personaje por desapare-

cer de la existencia por la vía rápida, el día cumbre llegó a la crónica de sus pesarasas jornadas, pues todo en esta vida tiene fecha de caducidad. Con la vitalidad quebrada en todos los aspectos y los golpes de un destino por él buscado sobre sus espaldas, como los latigazos que te dejan dolorido y sin fuerzas, una mañana salió por la puerta de la cárcel habiendo “pagado” sus deudas con la justicia.

Como en mi consulta, su madre y su hermana mayor estaban allí para esperarle a la salida. Hubo muchas lágrimas y sonrisas por el hecho de que nuestro intérprete de esta historia permaneciera en aquellos importantes momentos con el rostro imperturbable y la mirada perdida. Ello daba muestra del tremendo castigo que le había supuesto la doble condena padecida: la institucional proveniente de las leyes y la particular, proveniente del otro “lado” de la realidad, pero tan auténtica como la pena oficial.

Pero entonces, ¿por qué había acudido Miguel en compañía de aquellas dos mujeres a mi despacho al poco tiempo de abonar sus deudas con la sociedad? El motivo estaba muy claro. Nuestro protagonista había salido de prisión con una idea fija en su pensamiento, con una expectativa clara en su mente para la que contaba las horas que restaban. Tras veinte años de espera y habiendo acabado su reclusión, pretendía haber terminado no solo con la sentencia oficial sino también con la “otra”. Y sin embargo, aquí estaba la clave de todo este meollo: ya en su casa, hacía tan solo unas noches que había sufrido una nueva “visita” de Lucas.

Sus esperanzas se evaporaron y la negritud se cernió sobre él. Su familia se alarmó y anticipando otro episodio de pánico por parte de Miguel, decidió con prontitud acudir a mí para ver si podía encontrar el verdadero antídoto para el veneno que suponía para este hombre el no poder perder de vista a su víctima desde hacía tantos lustros. Y es que para él era como seguir cumpliendo un brutal castigo, como continuar encadenado en la peor de las mazmorras, pues ahora gozaba de libertad externa pero no de la más importante, la que llevan las personas por dentro, pues seguía obsesionado por no haberse podido librar de la presión de su antiguo acosador. ¿Hasta cuándo no cesarían aquellos espeluznantes episodios de hostigamiento? De nada le había servido salir de la penitenciaría, haber sufrido tantos años de suplicio si debía seguir enfrentándose al espectro de su viejo compañero de andanzas.

En aquella sorprendente tarde, una vez completado el extracto de la narración correspondiente a la biografía de mi cliente, quedaba en el aire la pregunta esencial de todo el entramado que Miguel me confesó:

— “¿Qué puedes hacer por mí? ¿Cómo puedo liberarme de esta presencia que con tanta frecuencia me persigue durante las noches? No puedo más. Estoy agotado. Los pensamientos autodestructivos sobrevuelan de nuevo por mi mente y esta vez no habrá funcionarios que me salven ni médicos que detengan mi hemorragia. Preciso de una solución urgente, estoy al borde del colapso. ¿Te das cuenta? Tanto esperar, tanto aguantar... ¡para esto! Por eso he venido aquí. ¡Ah, y ya no quiero más pastillas! Solo sirvieron para aumentar la fuerza de mi desazón. Ya no pretendo más explicaciones, tan solo

medidas que me encaminen a una solución definitiva de este problema, antes de que el disgusto acabe conmigo”.

El que os habla, por la experiencia acumulada, sabe que existen muchos asuntos de índole psicológica que tienen un origen o una base espiritual. Dada la interacción constante que existe entre las dos caras de la realidad, la física y la incorpórea, se producen casos en los que el abordaje correcto de una situación puede implicar introducirse directamente en la dimensión inmateral. Sin embargo, hablar de este tipo de temas requiere conocer qué clase de paciente tienes delante. No todo el mundo se halla dispuesto ni preparado para oír hablar de estas cuestiones, al menos abiertamente. El crédito que pueda merecer un técnico de la psicología no puede verse en entredicho por utilizar un lenguaje inadecuado ante un cliente poco propenso a creer en las influencias del otro plano. Y es que a pesar de mis íntimas convicciones y las de muchos compañeros de profesión, aún estamos lejos de presentar ciertos aspectos como los espirituales de forma totalmente natural.

Mientras llega ese ansiado momento y la ciencia continúa con su avance hacia estas cuestiones, hay que ser prudente y ofrecer a cada sujeto aquello a lo que sus oídos están acostumbrados y su mente puede procesar. Conforme Miguel clavaba sus ojos en mí demandando mi ayuda con su triste mirada, pensaba en el quid de la cuestión, en cómo afrontar una coyuntura que no parecía fácil de enfocar, mas como tendréis ocasión de ver, esas buenas influencias que nos acompañan siempre hallan solución para casi todo, especialmente cuando mostramos disposición para recibir sus buenos consejos.

VII. Tratamiento de choque

No obstante, el caso descrito se adaptaba bastante bien a la posibilidad de examinar el problema utilizando un lenguaje abierto y directo. Y así lo hice porque lo consideré oportuno, aunque las probabilidades de acertar con el diagnóstico del lance nunca fueran absolutas.

— Por muy extraño que te parezca, tienes que hablar con Lucas – le comenté a mi cliente en presencia de las dos mujeres que le acompañaban. Si quieres resolver definitivamente este asunto que llevas pendiente desde hace más de veinte años, tendrás que dialogar con tu examigo para alcanzar un acuerdo.

— ¿Hablar? ¿Negociar? – contestó Miguel con cara de absoluta sorpresa. ¿Cómo es posible entenderse con alguien que murió hace tanto tiempo? ¡Y luego me dices que debo pactar algo con él! No sé si he comprendido pero me siento confuso. No logro entrever adónde quieres llegar.

— Veamos – le respondí. Te he observado durante todo el tiempo que has estado sentado frente a mí, mientras me contabas el agitado resumen de la historia de tu vida. Sirviéndome de la empatía, es decir, de toda mi capacidad para ponerme en tu punto de vista, he tratado

de percibirte con el corazón para ver qué había más allá de tus palabras. No hace falta ser muy listo para saber que si has acudido a este despacho, a las pocas semanas de salir en libertad de la prisión, es porque te hallas bastante desesperado. Tu cara refleja el estado de tu alma, la urgencia que tienes por hallar una solución para un tema que llevas arrastrando desde hace tantas fechas. Está claro que estás al borde del abandono, en el límite de tus fuerzas.

— Eso es cierto – confirmó mi paciente. Si he venido aquí es porque pienso que me puedes aportar algo diferente. Quiero acabar de una vez con esta pesadilla que me persigue como mi propia sombra. Daría lo que fuera por liberarme de esta presencia que me amarga, que no me permite descansar, que me hace sentir como un rehén de mi pasado, de un ayer que pretendo superar para siempre porque me esclaviza de pies y manos.

— Si tan desmoralizado estás, entonces habrá que apostar por alternativas imaginativas, por un abordaje radical diferente a los convencionales. Es importante que el tratamiento que acordemos hoy no se alargue mucho en el tiempo para que no sufras más. Hay que dar con la clave de todo este misterio cuanto antes. Te voy a comunicar algo que seguramente te tranquilizará: antes ya he tratado a otras personas con alteraciones similares a la tuya y las curas han sido efectivas, siempre y cuando el cliente pusiera un gran esfuerzo de su parte. No poseo una “varita mágica” ni existen los milagros en este terreno, tan solo unas buenas indicaciones y el trabajo personal que tú estés dispuesto a realizar.

— Y en mi caso concreto ¿qué se supone que debo poner yo de mi parte?

— Mucho, aunque resulte sencillo hasta cierto punto. Debes seguir mis instrucciones y trabajar duro por reconducir la situación. Al principio te sentirás dubitativo, como es lógico, porque los efectos no se aprecian de un día para otro. Hasta es posible que te muestres bastante escéptico con mis consejos. Son muchos años de padecimiento como para creer que esta coyuntura se puede resolver en breve plazo. De ahí lo valioso de tu paciencia y de tu sacrificio.

— Sí, claro, yo lo que quiero es acabar con todo esto de una vez. No me queda otra, salvo confiar en las posibilidades de un buen arreglo.

— Correcto - le expresé. Entonces, nos pondremos manos a la obra. Has dicho que tu antiguo “colega” tan solo se te aparecía por las noches y de forma irregular, sin seguir un patrón determinado.

— Así es, solo surge desde la oscuridad, cuando estoy durmiendo.

— Ajá, es probable que este fenómeno se deba a que él piense que a esa hora te vas a mostrar más receptivo a su influencia y sobre todo, a que te va a impactar con más fuerza que en otro momento del día.

— Sí, supongo. Hace mucho llegué a la deducción de que si surgiera por la mañana o por la tarde, a plena luz, para mí resultaría más fácil evitarle o distraerme haciendo alguna otra cosa. Al producirse en el silencio de la madrugada, su figura me trastorna mucho más, me aterra.

— ¿Qué tiempo aproximado calculas que se prolongan sus manifestaciones? ¿Te has puesto en alguna ocasión a evaluar su duración?

— No lo sé. En esos instantes se apodera de mí el miedo y no puedo pensar en otra cosa. Me quedo como paralizado por el pánico. Él se sitúa delante de mi vista y el gesto de furia y de rabia en su rostro es más que reconocible. Son muchas las temporadas que este desgraciado lleva repitiendo el mismo ritual. Aunque nunca he medido el intervalo, tal vez se trate de segundos, a lo sumo unos minutos, no más.

— Bien, al producirse este fenómeno en días imprevistos y a unas horas indeterminadas no podré estar a tu lado para actuar. Te diré lo que tienes que hacer la próxima ocasión en que Lucas se presente delante de ti. ¿Estás dispuesto a cumplir exactamente con lo que te voy a mandar?

— Sí, desde luego; si no, no habría gastado las horas viniendo aquí.

— Muy bien. Es esencial que sigas al pie de la letra el plan que te voy a trazar: sea el momento que sea y cuando Lucas te despierte con su presencia, debes mirarle a la cara y con actitud firme, entablar comunicación con él.

— Pero un momento – reaccionó Miguel con incredulidad. ¿Cómo se puede conversar con alguien que está muerto, con una especie de fantasma?

— Querido amigo, tal vez ese sea el gran error de planteamiento que has cometido desde el principio, aunque disculpable por tu desconocimiento de estas

cuestiones. Pero no pasa nada. A partir de ahora, le vas a hablar como si fuera alguien más, como un sujeto de la calle con el que te cruzas, alguien que por supuesto está vivo y que sabes que te puede interpretar y escuchar perfectamente.

— ¿De verdad que esa entidad me va a oír?

— Sin duda, así como te aseguro que el espíritu de Lucas va a reaccionar ante tu nueva actitud. Lo más probable es que se sorprenda, ya que después de tantos años de pasividad por tu parte, no se espera tu reacción y entonces habrás conseguido algo fundamental: relacionarte con él.

— ¿Y qué debo decirle exactamente? – manifestó el cliente con cierta ansiedad.

VIII. Un método resolutivo

— Tranquilo, vayamos por partes - le dije. Cuando Lucas haga acto de presencia, le harás una pregunta esencial que te permita saber cuáles son sus intenciones. Dile: “Sé quién eres. ¿Qué es lo que quieres de mí?”. En esos instantes, observa su reacción. Es muy importante que tengas el control, por muy nervioso o inquieto que te sientas. Nada de encender la luz aunque te halles a oscuras, ni huir, ni tapar tu cabeza con las sábanas de la cama. Cuando suceda este fenómeno, respira varias veces con profundidad y mantén la calma. Si te alteras, te notarás débil y te entrarán ganas de escapar o de permanecer como hasta ahora, es decir, como una persona pasiva que lo único que espera es que ese espectro se vaya cuanto antes. Basta ya de dejarte conducir por la inacción. Llegó tu oportunidad para actuar de un modo distinto a como lo has hecho hasta hoy.

Tienes que romper con el antiguo esquema que has reproducido una y otra vez con tu viejo compañero desde hace años. Es preciso dar un nuevo rumbo; hasta esta tarde, su triunfo se ha basado en su sed de venganza, su acoso ha resultado efectivo porque tú te has aterrorizado cada vez que se presentaba, porque no has hecho absolutamente nada por luchar contra una coyuntura que

te amargaba precisamente por tu postura inmóvil. Su victoria ha residido en saber que permanecías absorto ante su enorme presión. Miguel, ¿nunca oíste que para derrotar a tu enemigo lo mejor es conocerle a fondo? Ahí está la clave de todo: ha vencido todo este tiempo porque se sentía seguro de lo que hacía al contemplar tu posición temerosa, tu actitud de evitarle a toda costa.

Mira, Miguel, esto es más sencillo de lo que parece si aplicas tu sentido común y no te dejas dominar por las emociones de miedo. Él, en su situación, aplica las armas que obran en su poder. No puede clavarte una navaja, como tú sí le hiciste, ni dispararte, ni siquiera golpearte propinándote un puñetazo. ¿No lo entiendes? Está incapacitado para actuar con sus manos en el plano físico pero absolutamente vivo en la otra dimensión en la que reside. Insisto, has de hacer un esfuerzo para ponerte en su punto de vista. Esto conlleva la tarea de comunicarte con él como si fuera un sujeto normal y corriente que puede pensar y sentir de forma idéntica a ti.

—Uf, no sé si podré hacerlo - expuso mi cliente entre dudas. Es tremendo lo que me pides, son muchos años los que llevo escondiéndome, no sé si tendré valor para realizar eso que me comentas...dirigirme a él, a su cara...

— Pero vamos a ver, contemplemos la situación desde otro ángulo. ¿Qué hubieras hecho en tu caso si hubiera sido él el que te hubiera apuñalado? ¿Cómo habría sido tu reacción si en vez de él, tú fueras el que hubieras caído abatido en aquella esquina callejera del barrio?

— Pues no tengo ni idea - afirmó Miguel. Es que no me imagino actuando como un muerto. Me cuesta horrores ponerme en ese contexto.

— Bien, pues simplemente, admite la coyuntura tal y como se ha desarrollado - manifesté. Un hombre resulta asesinado. Al principio no entiende nada de lo que le ha sucedido pero empieza a tener las cosas más claras cuando asiste a su entierro, cuando escucha las conversaciones de sus familiares y amigos hablando precisamente de su verdugo, que eres tú. Se halla desesperado, le han arrebatado la posibilidad de permanecer con los suyos, de comunicarse con ellos, de vivir en su compañía. ¿No crees que le entrarían unas ganas enormes de vengarse de quien le ha causado tanto sufrimiento?

— La verdad es que visto desde esa óptica, sí. Ahora lo comprendo mejor. En mi caso, creo que también habría intentado ajustar las cuentas con mi ejecutor.

— ¿Acaso no recuerdas cómo te amenazó ese matón de la cárcel simplemente por haber discutido con él en la cola del economato? Si eso sucedió por una simple disputa de palabras ¿qué no podría ocurrir por una agresión que le produce a alguien la muerte?

— Sí, ahora capto tu argumentación.

— Utiliza tu lógica, Miguel. Ha llegado el momento de exclamar delante de ti y de estas dos mujeres que componen tu familia un “basta” definitivo, un gesto que ponga fin a una trayectoria de pasividad que lo único para lo que ha servido es para empeorar las cosas, para mantener enquistado un brutal problema que tanto padecimiento te ha hecho soportar. A partir de este instante, deberás ser tú el que tome la iniciativa. Si te muestras firme y resolutivo, te auguro buenos resultados. Pero retomemos la conversación.

No sabemos exactamente cómo va a responder Lucas una vez le interrogues por los motivos de su tenaz acoso sobre ti. En el caso de que te conteste, aplica la lógica e intenta entender su razonamiento, el de alguien que lleva veinte años vagando por otro plano que no es el material. Créeme una cosa: si te ha estado persiguiendo durante todo este tiempo es porque para él, para su espíritu pensante es como si su tránsito hubiera sucedido hace poco. La dimensión en la que ahora se mueve puede alterar muchísimo la percepción del transcurrir de las horas. Es un fenómeno muy habitual. Lo que para nosotros constituye una jornada para ellos pueden ser segundos o al revés; depende de cada caso.

Sería algo parecido a rememorar de forma más o menos frecuente lo que tú le hiciste. Por si tú lo olvidabas, él se encarga de recordártelo cada cierto intervalo. Tu daño es su mejor manera de compensar su aflicción por la destrucción que le ocasionaste. Es por eso por lo que continúa empeñado en el pago de la deuda que tú has contraído con él al privarle de su existencia. Fíjate en cómo su actuación denota su aprisionamiento en el túnel del tiempo, exigiendo el pago de un tributo por lo que aconteció entre vosotros. Tu terror, tu espanto, es la única moneda de cambio con la que pretende cobrarse tu actuación pasada. Me da la impresión de que Lucas vive esa trágica escena como si se hubiera producido ayer mismo.

— ¿Crees que tu método puede funcionar? — preguntó mi paciente con brillo en sus ojos.

— No existe ningún tratamiento que garantice unos resultados absolutamente exitosos — le respondí gi-

rando mi cabeza de un lado a otro. Pero te anticiparé algo. Si no te mueves, si no haces nada por resolver esta cuestión, el problema se alargará y tu hartazgo se multiplicará hasta hacerte caer en una peligrosa espiral de indefensión que puede poner en grave riesgo tu delicada salud. ¿De verdad que quieres prolongar esta agonía?

— ¡Claro que no! Esto es similar a llevar una pesada cruz a cuestas.

IX. Reencuentro en la noche

— Entonces – aclaré con firmeza, más razón todavía para actuar cuanto antes. A la espera de acontecimientos, el plan está diseñado. Te lo repito: en caso de que su figura se te aparezca, pregúntale directamente por sus intenciones y luego déjate llevar por tu intuición. Permite que se explique si así lo hace, pero en esta ocasión, respóndele, exprésale lo que de verdad sientes. Piensa en que lo que te estoy aconsejando no es ninguna locura. Te lo digo porque hay situaciones como la que nos ocupa, en la que el abordaje de la misma pasa por adoptar una postura como la que te he indicado. Quiero que a la más mínima novedad me llames para confirmar una cita cuanto antes. Mi convicción es que va a haber noticias frescas a corto plazo. Antes de despedirnos y sabiendo que te ha quedado claro lo que tienes que hacer, un consejo: en la próxima visita que me realices, ven solo a la consulta. Seguro que ya no precisarás de la dulce compañía de tu familia porque te sentirás mejor y no necesitarás apoyarte en nadie, salvo en tus propias fuerzas.

— De acuerdo – respondió el hombre con cierta sonrisa de ilusión en sus labios. Intentaré seguir todas tus instrucciones y venir aquí sin nadie más.

— No lo intentes, Miguel – contesté con sequedad. La tenacidad que has de demostrar exige que lo hagas o que no lo hagas, pero no que lo intentes. No sé si me he explicado.

— Perfectamente; he captado el sentido de tu respuesta.

— Bien, pues hasta la próxima.

“Adiós”, manifestaron al unísono aquellos tres seres que habían permanecido en mi presencia más de dos horas. La esperanza, hasta hace poco perdida en el más negro pozo, se dejaba transparentar a través de sus pupilas, la de una parentela que había visto desfilar ante su triste mirada los horrores del más acá y los ecos del más allá. ¿Qué ocurriría?

Transcurridos varios días, recibí una llamada telefónica. Miguel quería comentarme las “nuevas” con respecto al inquietante asunto que había acaparado mi atención aquella tarde. Justo la noche anterior, había recibido otra visita por parte de su examigo. Mi cliente siguió al pie de la letra las directrices que yo le había dado y nada más escuchar la típica expresión con la que Lucas se presentaba, le interrogó acerca de sus propósitos, tal y como habíamos convenido en mi despacho. Una vez realizada por mi paciente esa pregunta clave, la silueta fantasmagórica permaneció inmóvil hasta que de pronto empezó a difuminarse en el espacio oscuro contenido en la habitación de la casa de nuestro personaje. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué esa extraña actitud por parte de aquel espíritu?

Con el auricular en la mano, convencí a Miguel para que no se preocupara. Después de todo, la reacción del espectro había sido lógica. Tantos años sin obtener respuesta alguna durante su acoso en la prisión, que hasta aquel rostro amenazador se había visto sorprendido por la inusitada pregunta de Miguel. Se había producido un primer paso, pequeño pero esclarecedor. Por eso, le expuse que estuviera atento a las siguientes jornadas, pues no sería de extrañar una sorprendente réplica por parte de su víctima. Con la atención puesta en el futuro más cercano y proporcionándole a mi cliente toda clase de ánimos, finalizamos aquella corta pero intensa conversación. Una vez apreté el botón rojo del teléfono para colgar, reflexioné durante unos segundos para preguntarme cuánto duraría el silencio de Lucas y cuál resultaría su próximo paso, una vez superado el asombro registrado por la interpelación desconcertante realizada por su asesino.

Cuarenta y ocho horas después, el teléfono volvió a emitir su peculiar sonido. Esta cuestión tan fascinante que me había absorbido en las últimas jornadas, parecía más una película de intriga que un asunto psicológico, o tal vez ambos, por lo que cautivaba todo mi interés. El ex-presidario, sujeto principal de nuestra historia real, me pedía una cita urgente pero declinaba realizar declaraciones a través del auricular, pues lo que tenía que comunicarme deseaba hacerlo en persona. Reorganizando con rapidez la agenda de visitas, le di ocasión a aquel hombre torturado por su pasado para la última hora de la tarde, aunque ello supusiera retornar casi al anochecer a mi hogar. Aquello se había convertido en un reto profesional de primera magnitud y su resolución no admitía demoras.

En los casi sesenta minutos de charla con Miguel, este me relató el incidente de la pasada madrugada con su excompañero de andanzas. En aquella ocasión, el espíritu acosador ya no se había presentado ante él con su famosa y desafiante expresión “págame”, sino con una frase de lo más significativa, la cual anunciaba el inicio de una nueva etapa en toda esta trama.

— ¿Así que sabes quién soy? – inquirió Lucas con ironía en mitad de la pasada noche.

— Por supuesto que lo sé – afirmó mi cliente. Tendría que habértelo dicho antes para dejarte claro que me acordaba de tu cara, pero tenía miedo de enfrentarme al peor fantasma de mi pasado, que eras tú precisamente. Ese es el motivo por el que te rehuía a toda costa.

— ¿Y de qué tienes miedo?

— De lo desconocido, pero también de tus exigencias. No quería iniciar ninguna conversación contigo no fuera a ser que mis temores se dispararan aún más al escuchar cualquier mensaje proveniente de ti. Cuando uno no sabe a qué atenerse ni por qué se siente amenazado, todo se vuelve más difícil.

— Y eres tú precisamente el que hablas de amenazas, cuando me arrebataste el don más preciado que poseía: mi propia vida. ¿Por qué lo hiciste, desgraciado? ¿Por qué me retiraste de la “circulación”? Mi existencia no era desde luego un ejemplo de virtud pero quién sabe si en el futuro no podría haber cambiado. Y sin embargo, aquella maldita tarde tú me enjuiciaste y tú me ejecutaste, juez y verdugo a la vez, en un segundo fatídico. ¿Dónde se vio eso? ¿Con qué derecho cometiste semejante

tropelía? ¿Acaso has sido consciente todo este tiempo del daño que me causaste?

— Nunca lo supe y creo que nunca lo sabré, Lucas – expresó Miguel entre sollozos por lo emotivo de la situación desarrollada en su misma estancia. No puedo ocultar las vergüenzas de un turbio ayer. Es cierto que no fui yo el que resultó asesinado, aunque te confieso que mi discurrir a partir de ese lamentable momento resultó un verdadero infierno, por más que permaneciera en este plano. Ya sé que a ti te depositaron bajo tierra, pero te aseguro que a mí me sepultaste en vida. Y bien sabes que no me refiero a haber estado años y años entre rejas sino a la otra pena que tú me impusiste desde el nuevo barrio en el que te desenvolvías.

X. Más allá del túmulo

— ¿Qué sabrás tú del verdadero infierno? – replicó de mala manera el espíritu de Lucas. Infierno no es vivir mal, asustado o incómodo como ha resultado tu caso, es simplemente que te quiten la oportunidad de existir, aunque luego tú decidas el camino por el que andar. Cuando te arrebatan esa posibilidad ya nada tiene sentido. Te confieso que en esos instantes un rencor infinito se instala en tu interior y lo único a lo que aspiras y por lo que te obsesionas tiene un nombre: venganza.

— No sé qué decirte, Lucas. Unas disculpas por mi parte o una petición de perdón supongo que no serán suficientes para ti después de tanto tiempo. ¿Me equivoco?

— Tú no tienes derecho ni siquiera al perdón, asesino. Lo que cometiste conmigo, en mitad de mi juventud, tendrás que arrastrarlo incluso después de muerto, cuando por fin pueda verte cara a cara y “restregarte” por el rostro lo que opino de ti y de lo que hiciste.

— Entonces, ¿nunca vas a dejar de perseguirme, de torturarme con tus apariciones? – expresó Miguel con una profunda ansiedad en la penumbra de su habitación.

— ¿Es que acaso te mereces otra cosa que no sea mi hostigamiento implacable hasta que todas tus energías se hayan consumido? Quiero que acudas cuanto antes a este plano al que me enviaste sin pedirme permiso, pero mientras tanto, que sigas padeciendo el castigo que por justicia te has ganado.

— Ya he perdido todas las esperanzas. A veces he llegado a pensar que ni siquiera soy ya dueño de mi vida, que existen seres como tú que toman decisiones por mí y que organizáis mis sueños, el discurrir de mis noches. Te aseguro que se trata de una sensación de impotencia tremenda, como si ya diera igual lo que hiciera, pensara o hablara, como si todo para mí estuviera señalado en un trayecto de perdición del cual no puedo retirarme.

— Me haces gracia – contestó con sarcasmo Lucas. Te diré algo que quizá capte tu atención y colme la curiosidad de un criminal como tú, que no dudó en atravesar mi corazón con desprecio, sin importarle las consecuencias que su acto generaría. ¿Quieres saber la verdad de lo que me ocurrió tras tu infamia? ¿Estás preparado para conocer lo que late bajo todo este asunto?

En esos momentos tan trascendentes, mis ojos no podían permanecer más abiertos de lo que estaban, ante la expectación que el relato de mi cliente había despertado en mí. Empezaba a comprender por qué Miguel había insistido tanto en acudir a mi consulta para explicarme de viva voz lo que me había anticipado por teléfono. La intriga de todo esta trama de muerte y venganza se aproximaba a su cenit.

— Sí, quiero saberlo todo – confirmó mi paciente con rotundidad. Ojalá eso contribuya a entender el porqué

de tu dilatado acoso y aligere mi dolor. Ya todo da igual. No me imagino peor de lo que estoy. No tengo la menor idea de lo que me vas a contar pero tengo la intuición de que algo me aliviará. Ya doy por perdida esta noche; de nuevo, has conseguido desvelarme. Te escucho.

— Prepárate entonces para averiguar lo que fue de mi vida – confirmó en tono serio Lucas justo antes de iniciar su tremendo relato.

Tu puñalada rasgó mi existencia y me lastimó tanto que durante mucho tiempo mantuve mi mano derecha pegada al pecho, en un intento absurdo por taponar una hemorragia para la que ya no existía remedio. Al principio te aceché para tomar conciencia de ti, después corrí tras tus pasos y gritaba inútilmente ante la gente al señalarte con mi dedo y exclamar: “¡ha sido él, él es el asesino, que no escape!”. Nadie me prestaba atención. Fue desesperante. Sin embargo, una extraña fuerza me retuvo. Era como si no quisiera perderme la narración de lo que iba a suceder con mi cuerpo, el cual yacía tumbado en la calle en medio de un gran charco de sangre. Cuando vi cómo colocaban los últimos ladrillos que clausuraban el nicho en el que me encerraron para siempre, cuando escuché el llanto desgarrador de mi pobre familia y cuando realmente caí en la cuenta de que mi “yo” no iba a poder retornar a aquella figura cadavérica y sin expresión, enloquecí de rabia.

De pronto, me sentí obligado a tomar una decisión; la llama del resentimiento había prendido en mí pero perdí tu rastro y desconocía dónde hallarte. Al fin, escuchando los lamentos de mi triste parentela pude captar a través de sus comentarios, que te habían detenido y

que habías sido conducido a comisaría bajo arresto. Esa misma noche intenté golpearte, descargar toda mi furia sobre ti pero no observé ningún daño sobre tu silueta, por lo que me fatigué tanto que terminé extenuado. Cuando me retiré a descansar a otro calabozo vacío de aquel edificio policial, ocurrió algo asombroso para lo que no estaba preparado y que nunca hubiera imaginado que iba a suceder.

Una sombra que portaba un hábito de color marrón negruzco surgió ante mí como procedente de la nada. Aunque me asusté por la impresión, rápidamente observé que se trataba de un hombre que por su vestimenta, se asemejaba mucho a los antiguos frailes medievales. Sin hablar, me hizo señales con la intención de que le siguiera. Tras una larga caminata que se me hizo interminable, primero por las calles de la ciudad y luego por el campo, llegamos a una imponente construcción cuyas formas más nítidas no distinguía bien entre las tinieblas que la rodeaban. Como aquel ser no me dirigía la palabra sino que tan solo se limitaba de vez en cuando a hacer gestos, me dejé arrastrar por la curiosidad, como atraído por una enigmática fuerza y ensimismado en la idea de que algo bueno me iba a sobrevenir.

Por último, atravesamos una gruesa puerta de madera tras la cual se mostraban unos estrechos escalones que parecían bajar hasta el averno. Tuve que descender por esa siniestra escalera cuyo destino desconocía, para dar luego con un prolongado pasillo por el que continué andando tras aquel hombre con aspecto de monje. Ese camino tortuoso constaba de numerosas curvas y estaba diseñado con perversa inteligencia para desorientar

a todo aquel que se introdujera en él sin conocerlo. Sin duda, estaba excavado bajo el suelo y las paredes del mismo rezumaban agua, por lo que una humedad atisigadora me encogía el ánimo. Tuve la impresión de que me estaba aproximando al mismísimo centro de la Tierra. Aunque siempre había oído que si te acercabas allí el calor iba en aumento, mi experiencia fue justo la contraria pues todo ese paisaje estaba dominado por una sensación de lo más glacial.

Aunque no logré ver ninguna luz por aquella zona, lo cierto es con el paso del tiempo mis ojos consiguieron acostumbrarse a la penumbra del lugar, por lo que pude conducirme bien entre la oscuridad. Al rato, la misteriosa figura del fraile se detuvo frente a lo que parecía la entrada a una espaciosa cavidad. En el centro de la misma se divisaba una gran mesa maciza con una enorme silla de madera con adornos que se asemejaban a cabezas de serpientes. En ella, se sentaba un misterioso y corpulento personaje vestido con un atuendo que pertenecía a otra época. Si hubo algo que me impresionó de él resultó su mirada, la cual cuando se cruzaba con la mía me helaba hasta el alma. Te aseguro que en esa hora, pude sentir perfectamente cómo un intenso escalofrío recorría todo mi contorno. ¿Quién sería aquel personaje de aspecto tan amenazador y cuya vista me provocaba un inquietante estremecimiento?

XI. Subyugado por el terror

Había allí otros hombres de aspecto horrible, algunos de ellos con cicatrices profundas en sus rostros y otros a los que no podía reconocer pues cubrían sus cabezas con una capucha parecida a la que llevaba puesta el individuo que me condujo a aquel tétrico lugar. En cualquier caso, tenía clara una cosa: todos aquellos seres allí presentes servían sin ninguna duda a aquel personaje, el cual y por su actitud, más que estar sentado sobre un sillón parecía estar colocado sobre un trono. De mediana estatura, atuendo oscuro y complexión robusta, mostraba una estampa mitad marcial, mitad nobiliaria. Aparentaba unos cincuenta años. Con tan solo contemplar las caras de todos los tipos que le rodeaban a modo de guardaespaldas y fijarse en sus miradas, logré deducir que obedecerían cualquier orden emanada de la boca de aquel extraño señor. Eran momentos de tensión, ya que no sabía lo que me iba a ocurrir y de pronto empecé a pensar que no había sido tan buena idea seguir la marcha de aquel fraile con el que me encontré en el calabozo de la comisaría.

Fue entonces cuando noté un tremendo golpe que me propinaron en la espalda con una especie de grueso madero. Quedé anonadado por la violencia del impacto

y sobre todo, me asuste muchísimo. Pensé que aquella situación era como una pesadilla añadida a la tortura de saber que había muerto. No bastaba con que tú me hubieras atravesado el corazón sino que envuelto en aquella desagradable coyuntura, tuve la impresión de que ya no era dueño de mis actos. Repentinamente, tomé conciencia de que había caído en una trampa, que había sido trasladado sin explicaciones y a través de una argucia a un laberinto de calles excavadas bajo tierra, en lo que cada vez más se asemejaba a una gran fortaleza-prisión llena de innumerables mazmorras subterráneas. Supe de inmediato que me encontraba retenido en una inmensa cárcel donde aquel cincuentón de aspecto desafiante mandaba a sus anchas y ejercía un poder a su antojo sobre el resto de seres que le acompañaban.

La magnitud del porrazo resultó tal que me obligó a arrodillarme ante aquel singular individuo situado tras la mesa. Un monje que estaba de pie justo a mi lado izquierdo, de expresión desaliñada pero muy brutal, movió sus labios para anunciarme un mensaje.

— No te levantes aún, desgraciado, - proclamó aquel tipo. No alces tus ojos porque no eres digno de mirar a nuestro señor. Te hallas en presencia del “Condottiero”, la máxima autoridad de este establecimiento de penitencia.

Aterrorizado por un súbito pánico que se apoderó de mí, obedecí como un niño. No sabía si lo que pretendían era intimidarme de entrada o algo peor, si aquella forma salvaje de tratar a los desconocidos constituía la tónica habitual de comportamiento. Fuera lo que fuese, lo cierto es que consiguieron el objetivo esencial de paralizarme de miedo, por lo que ni siquiera me atreví a parpa-

dear ni a efectuar movimiento alguno. Pero ¿qué locura es esta? ¿Qué significa este decorado infernal extraído de una película de horror? – medité con rapidez. Cuando más vueltas le daba al asunto intentando hallar una mínima explicación, un nuevo golpetazo en mi cuello me hizo comprobar que aquello resultaba tan real como lo había sido mi apuñalamiento tan solo hacía unas jornadas. ¡Por más que deseaba acabar con lo que parecía una mala alucinación, no lograba hacerlo! Y es que aquello que se desarrollaba ante mis ojos, no era un sueño del que se podía despertar sino algo palpable y verídico como que estoy hablando contigo en mitad de la noche.

Bajo los efectos de un temor insuperable debido al ambiente que en aquel oscuro sitio se respiraba, el “Condottiero” me buscó de un vistazo y se dirigió a mí:

— Ya puedes mirarme, desdichado. Te lo diré claramente para que no te confundas. Este es un centro de castigo; aquí no hay piedad con los prisioneros. Te anticipo que tu estancia en este subsuelo puede ser positiva para tus intereses o convertirse en un auténtico tormento para ti. Tuya es la decisión. Fíjate en mi completa generosidad que desde tu ingreso aquí, te ofrezco plena libertad para actuar como desees. Si me obedeces, te garantizo que todo irá bien. Es tan sencillo como eso. En cambio, si me desafías o no cumples con lo que te indique, te enviaré a una mazmorra donde permanecerás largo tiempo y donde mis hombres te torturarán hasta que enloquezcas de dolor y entres en razón. No sé si me he explicado con la diligencia adecuada.

Para mí, aquello suponía una situación dantesca. Sin comerlo ni beberlo, me habían ubicado en una circuns-

tancia de máximo riesgo. Yo no aspiraba a nada de eso sino que solo anhelaba cerrar mis ojos y desaparecer de aquel maldito lugar en el que me había introducido. Era como tener que escoger entre algo rematadamente malo y otra cosa aún peor. Fue todo tan repentino que no supe ni cómo reaccionar. En esos momentos de desorientación, escuché un chasquido procedente de los dedos del “Condottiero” y a renglón seguido otro mazazo descargado sobre mi espalda me hizo besar el terreno donde mi cara se estampó contra un barro pegajoso que me causó una honda impresión. Intuyendo que aquel suplicio podía prolongarse en el tiempo, levanté mi cabeza y elevándola ligeramente exclamé:

— ¡Sí, por supuesto! ¡Obedeceré en lo que se me mande! ¡Estoy a su disposición, a su total servicio, señor!

— Correcto, eso ya me gusta más – respondió aquel forzudo personaje de voz grave, dueño de un poder omnímodo que nadie se atrevía a discutir.

Aquel tirano me volvió a mirar al tiempo que soltó una carcajada aterradora y tras dirigirse a sus sirvientes, varios de ellos me atraparon y me levantaron del enfangado pavimento. Al poco, fui conducido a un frío y húmedo calabozo donde me obligaron a ponerme una túnica oscura, idéntica a la que llevaba el primer monje que me embaucó para guiarme hacia aquella siniestra fortaleza. Me olvidé del tiempo que permanecí allí, sentado en el suelo como un animal y sin dar crédito a lo que había visto y oído. Mi amargura era total. Por más que me esforzara en buscar un solo argumento que justificara aquella irritante aventura en la que me hallaba inmerso, no hallaba respuestas.

XII. Intrigante propuesta

Cuando más desesperado me hallaba, preguntándome cuánto duraría mi cautiverio en aquella celda de castigo, oí cómo se abría la puerta. Dos guardianes de mala catadura, servidores pertenecientes a aquel establecimiento en el que reinaban a partes iguales el miedo y la oscuridad, me condujeron de nuevo y a la fuerza ante aquel astuto personaje, el “Condottiero”. Esta vez, al menos, me dejaron permanecer de pie ante aquel alcaide de la fortaleza; incluso me permitieron mirarle a la cara.

— Bien, espero que no te resten dudas sobre lo que hablamos el otro día – afirmó el oscuro señor. Recuerda que prometiste ponerte a mi servicio.

— Sí, lo recuerdo – le contesté. No tengo ningún reparo en obedecer.

— Correcto. Entonces te expondré lo que pretendo de ti. Te voy a encargar una misión muy especial y muy importante. Desde aquí y aunque te parezca difícil de creer al principio, nosotros impartimos justicia para con todo el mundo. Nos limitamos a castigar a quienes se lo merecen, seres que durante su vida se han arrastrado a través de la maldad, tú me entiendes, personas en las que han predominado los más bajos instintos y todos

esos aspectos negativos que no hace falta que te detalle. Pero nuestro afán por ejecutar esas penas impuestas no se circunscribe a nuestro mundo sino que se extiende también al que se desarrolla sobre la superficie. Tú bien lo sabes porque no hace mucho, te desenvolvías en ese plano. Como tendrás ocasión de comprobar, por encima de esta inmensa prisión y sobre tierra, existe un gran centro de reclusión donde vas a tener la oportunidad de hallar a alguien en quien estás muy interesado. Vas a ser uno de mis asistentes y como tal, estarás encargado de repartir justicia en el otro lado. Como ves, nuestro cometido no se centra solo en la gente que como tú ha dejado su cuerpo pudrirse en un hoyo, sino también en aquellos otros que piensan que por vivir más cerca de la luz, se van a librar de nuestra influencia. Están bastante equivocados...ja, ja, ja... ¡cómo me divierte esta reflexión!

Bastó que el “Condottiero” efectuara una risotada escalofriante para que el resto de guardias presentes en aquella siniestra oquedad se carcajearan a la vez, no se sabe si por miedo o por afinidad con las terribles palabras expresadas por su jefe. A mí, sinceramente, me dio la impresión de que lo hacían más por obtener méritos ante él que por otros motivos. Tal debía ser el pavor que ese hombre infundía entre aquellos lacayos.

— Me han llegado informes – prosiguió el poderoso señor, de que recientemente fuiste agredido por un sujeto, al cual y como es lógico no debes profesarle mucho cariño. Tan solo te traigo a la memoria que su ataque te costó la misma vida y que por ello, estás aquí, bajo mis órdenes. ¿Me equivoco?

— Pero ¿cómo sabe usted eso, dónde ha encontrado esa información tan valiosa sobre mí? – me atreví a decirle.

Uno de los esbirros de aquel tirano me propinó por sorpresa tal patada en la espalda que me hizo caer sobre el barro. Encima, el muy desgraciado puso su pie sobre mi cuello para que no pudiera moverme a fin de humillarme aún más. Aprendí en un instante que a pesar de mi curiosidad, había preguntas que no debía hacer y que resultaba mejor responder solamente a aquello que me hubiera sido planteado previamente.

— Tranquilo muchacho – me dijo el “Condottiero” al tiempo que realizaba un gesto para que me levantara del suelo. Yo sé más de lo que te imaginas. Mi cohorte de espías es insuperable. Más te vale saberlo cuanto antes por si algún día tienes alguna duda sobre tu fidelidad hacia mi persona. Simplemente quería ofrecerte un trabajo. Aquí el aburrimiento es una tortura sobreañadida; de ahí que te convenga emplear tu tiempo en cualquier actividad provechosa. Si cumples con lo que te indique, tu recompensa estará en que te dejaré tranquilo y en que te consentiré moverte por este amplio recinto a tus anchas, siempre y cuando no intentes escapar...ja, ja, ja... ¡hoy me siento ocurrente! Déjame decirte que yo leo hasta el pensamiento de los que me rodean, tal es mi poder y mi habilidad. Con tan solo contemplar tus ojos, sabré de tu lealtad hacia mi figura. Comprendo que los que llegan a este establecimiento por primera vez, alberguen dudas. ¡Ah, las dudas! ¡Qué malas consejeras resultan! Si las tienes y se apoderan de ti, te encerraré en la mazmorra

más negra y maldecirás con todas tus fuerzas haberte dejado dominar por la vacilación.

— Entiendo perfectamente, señor – manifesté con claridad, aunque más por temor que por convicción.

— ¡Quién sabe! Si te portas bien y mantienes tu adhesión a mí, quizá algún día no muy lejano te deje torturar a algún prisionero. Piensa que es lo más atractivo que te puedo ofrecer...ja, ja, ja ... imponer castigos por tu propia mano. ¿No te resulta maravillosa la imagen? Infligir daño a los que se lo merecen constituye uno de los mayores placeres a los que puedes aspirar en este lugar. Bueno, vayamos a lo práctico. Te diré lo que tienes que hacer. ¿Te suena el nombre de Miguel?

— Claro, cómo no, señor. Él fue el brazo asesino que me apuñaló hace unas fechas. Sería imposible olvidar aquella tarde.

— Bien, escúchame con atención – expresó con voz grave aquel siniestro personaje. ¿Te gustaría vengarte de él por la felonía que cometió sobre ti? No me negarás que tal posibilidad te complacería sobremanera.

— Desde luego. Tengo tan reciente en la memoria su rostro criminal, su mano clavando el cuchillo en mi pecho, que no habría nada en el mundo que más dicha me causara que poder desquitarme de él. De todas formas, mucho me temo que desconozco el método para poder llevar a cabo mi escarmiento. Ya lo intenté al poco de ser enterrado y no obtuve resultado alguno.

— Yo te diré cómo – expresó con rotundidad aquel hombre con funciones de autoridad. Además, para alimentar tu odio, te comentaré un aspecto que dada tu

ignorancia, seguro que desconoces. Nada pasa desapercibido para mí; lo que voy a contarte es fundamental para que entiendas lo que te ocurrió. ¿Sabes una cosa? No es la primera vez que caes bajo la mano de ese desgraciado que se hace llamar Miguel. Lo vuestro viene de antiguo, de mucho más atrás. Y si no entiendes tu pasado, me temo que resulta imposible que comprendas tu presente.

— Debe disculparme, señor, pero no entiendo nada de lo que me está diciendo.

XIII. Crimen y castigo de un trágico pasado

— Parece mentira el grado de aturdimiento con el que llegáis la mayoría de los que venís a parar a mi señorío – manifestó el “Condottiero”. Es increíble la cantidad de explicaciones que tengo que daros de todo. ¡En fin, prosigo! Por los datos que poseo sobre ti y sobre tu verdugo, las tendencias que habéis expresado en lo más reciente, vienen de muy lejos. En una de vuestras vidas anteriores, coincidisteis como camaradas de trabajo, siendo vuestra relación de un marcado tono ambivalente, alternándose según las circunstancias el afecto y el odio entre vosotros a partes iguales. Dada la dificultad de la misión y teniendo en cuenta que debíais convivir durante largos períodos de tiempo, teníais que apoyaros mutuamente, ya que pertenecíais a la dotación de un barco de guerra en el que servíais como marineros.

Una jornada, atracada la nave en su puerto de origen y efectuando la misma una pausa programada entre las singladuras que realizaba, acudisteis a una taberna conocida, donde entre mujeres, borracheras y diversiones, pasabais los días de descanso que como tripulación os correspondían. Un anochecer, dominados ambos por

los vapores etílicos, os sumergisteis hasta el fondo en un absorbente juego de cartas. Hasta el alma habríais vendido si se hubiera dado el caso con tal de vencer. En un pequeño atisbo de lucidez y cuando apostando, ya te habías apoderado hasta de la paga de tu compañero, decidiste retirarte para ir a dormir a la posada con lo obtenido.

Fue entonces cuando llegó el temido momento, el desencadenante de la tragedia que se avecinaba en segundos. Tu compañero de andanzas no estaba dispuesto a dejarte marchar de aquel antro sin jugar una mano más a los naipes, como modo de recuperar parte de su dinero. Tú te negaste, aduciendo que habías alcanzado tu límite de cansancio y que no ibas a permanecer allí toda la noche a capricho de sus ambiciones. Él, al verse frustrado por tu negativa y aprovechándose de su corpulencia, te agarró de la camisa y en gesto violento te estampó contra la pared, por lo que todas las monedas que te habías embolsado fueron a esparcirse por el suelo del local. El sonido metálico de las mismas, unido a la perturbación violenta causada por la bebida, provocaron que abandonara el último resquicio de razón que le quedaba en los rincones de su mente.

Como te asustaste, hiciste además de huir de aquel tenebroso lugar donde ya solo habitaba el peligro para ti, pero estaba claro que el "Miguel" del ayer, no iba a permitir que escaparas tan fácilmente. Enfurecido por tu intento de retirada, efectuó un movimiento repentino tomando una de las botellas que había sobre la mesa para romperla sobre una de las sillas. ¿No recuerdas aquel supremo instante? ¿Ya has olvidado el tremendo tajo que con el cristal

partido te asestó en la garganta? Anda, Lucas, haz memoria de aquella aciaga noche en tu discurrir por aquel puerto de mar, donde a menudo permanecíais varias jornadas de refresco entre cogorzas y prostitutas.

Se te nubló la conciencia pero sobre todo, perdiste mucha sangre con la hemorragia provocada. Ya no te levante más de aquella inmunda superficie de la tasca. Fue el instante en que el último hálito de vitalidad que te restaba se esfumó por aquella herida abierta bajo tu barbilla. Mas no pienses que tu “amigo” de los siglos salió indemne de la tesitura creada. La suerte que corrió, aunque distinta en el método, fue idéntica a la tuya. La presencia de numerosos testigos en vuestra disputa delató su horrible crimen. Aunque huyó del sitio a trompicones y en medio de la inconsciencia etílica, a la mañana siguiente fue hallado durmiendo la borrachera en un portal de una casa cercana.

Los testimonios resultaron tan abrumadores que la justicia de la época no encontró motivos de piedad para alguien que alegaba en su defensa no recordar nada de lo sucedido ni de la agresión que te propinó y que provocó tu muerte por desangramiento. Ja, ja, ja...cómo me entretienen las leyes de los encarnados. A las pocas fechas y tras un juicio rápido, el antiguo marinero cuyo nombre actual es el de Miguel, subió al patíbulo y en mitad de la plaza mayor de la localidad costera, resultó ahorcado con gran afluencia de público al espectáculo, a fin de servir de ejemplo y aviso para otros típicos pendencieros que no medían sus actos violentos. ¡Qué estúpidos! Si supieran que ese tipo de acciones son un juego de niños comparados con los sufrimientos que se padecen tras dejar los cuerpos bajo tierra.

¡Oh! ¡Qué triste destino el de tu asesino! ¿Verdad? Qué risa me causan estas historias en las que no aprendéis nada de nada, en las que de nuevo volvéis a cruzar vuestros caminos y repetís obsesivamente las mismas escenas aunque en distintos decorados... Y he aquí, que muchos años después, Lucas y Miguel regresan al teatro de la vida orgánica. Ja, ja, ja...no hay cartas, ni juegos, ni taberna, pero da igual...porque se trata de los mismos actores pero en un ambiente similar de oscuridad y maldad. Me encantan estos relatos de perversidad donde tropezáis con la misma piedra que impacta con agudo dolor en vuestras frentes. Repetís la obra y el mismo guión una y otra vez para mayor jolgorio de personajes destacados que como yo, debemos ocuparnos por mantener encendida la llama del castigo para la discordia, la ira, la venganza...Y ahora, en vulgar disputa callejera, de bajos fondos como aquel día en el muelle, él cambia la botella de cristal roto por una navaja afilada y te vuelve a hundir en la miseria, agujereando de nuevo a su víctima preferida como si le hubiera cogido gusto al asunto. Perdona si me río, desdichado, pero no me negarás que estas narraciones de crímenes y revanchas no resultan de lo más placenteras...

Tras la emotiva exposición realizada, la conversación entre la silueta fantasmal de Lucas y su perseguido, prosiguió en aquella estancia en mitad de la madrugada.

Escuchar aquella triste crónica resultó para mí espantoso – comentó Lucas a mi cliente. ¡Tienes que creerme, Miguel! Y es que cuando aquel infame señor estaba describiendo entre carcajadas aquella escena cruel de lo que constituía una vida pasada compartida contigo,

pude verla con todo detalle fuera de mí, pues en una especie de alucinación o lo que fuera, contemplé ese drama en la pared del fondo de la caverna, como si de una película real se tratara. Era como si aquel viejo decorado de muerte y ruindad se presentara delante de mis ojos como un documental rodado a los efectos. Pero te aseguro que no solo observé imágenes de ese desastre, sino que paralizado por lo que descubría, respiré el aire salado de aquellas calles junto al mar, escuché las voces estrafalarias de las gentes del lugar, reviví el jolgorio del ambiente tabernario, el de otros compañeros bebiendo y cantando mientras que nosotros, ataviados con nuestros uniformes de marineros nos jugábamos hasta la vida en aquella mesa gruesa, sentados en aquellos incómodos bancos de madera. Era tal el interés de la partida que disputábamos que hasta se arremolinaban a nuestro alrededor varias personas que no querían perder detalle de lo que allí se dilucidaba.

XIV. La prisión subterránea

— Pude recordar la débil llama de las velas alumbrándonos - prosiguió Lucas con su relato, la mirada inquieta de la gente atenta al final de nuestra partida y sobre todo, el efecto tóxico y paralizante de la bebida en mi cabeza. Toda esa película, unida a la historia de nuestros pormenores que el “Condottiero” iba narrando, provocaron que me diera cuenta plenamente de cómo aquello que estaba viendo y escuchando era tan cierto como que te lo estoy contando ahora mismo. Constaté entonces cómo habíamos coincidido juntos en otra época y en otro escenario, pero estaba claro que tu miserable conducta no había cambiado ni un ápice y que nuevamente me habías arrancado la vitalidad hasta pisotear mi dignidad y dejarla esparcida por los adoquines de cualquier calle. Como comprenderás, la furia que sentí cuando vinculé aquel decorado con el actual y con tu traicionera puñalada, se me salía por la boca como la espuma de un perro rabioso.

Ese ser oscuro que acaparaba tanto poder entre aquellos lúgubres pasadizos me explico cómo existía un trayecto infinito e inmortal en el camino de toda criatura; que por muy diversos motivos las mismas personas volvían a coincidir en distintos ambientes, pero que las tendencias acumuladas de odio y rencor que cada uno

llevaba por dentro se mantenían inalterables. Cavilando, empecé a entender por qué me asesinaste de nuevo con saña, con tanto desprecio. Sí, Miguel, así es; estabas cumpliendo por enésima vez con tu macabro ritual en el que por motivos que desconozco yo aparecía como tu indefensa víctima y tú como mi cruel verdugo.

Noté cómo se me encendían los ojos. Aquel déspota de un mundo infernal me había revelado mi pasado y fue comprender la obsesión que tenías conmigo para que de pronto viera claro que debía ejecutar mi más terrible venganza hacia ti. Cuando me ofreció la posibilidad de hacer real mis fuertes ansias de desquite, ni me lo pensé, pues vi la puerta abierta a la justicia. Era de ley que tú no escaparas indemne de tu horrendo crimen. Al menos en aquella ocasión, cuando éramos marineros, te atraparon y te ahorcaron en la plaza pública. Tu asfixia y tu escarnio en medio de la muchedumbre, tus vaivenes en el vacío de aquella sogá de la que te colgaron sirvieron para aligerar mi tremendo malestar por tu incalificable acto.

Cuando el “Condottiero” me indicó que en esta ocasión tu actitud homicida quedaría impune, tan solo castigada ligeramente con la privación de libertad, pues en estos tiempos ya no se ejecutaba con la pena de muerte ni siquiera a los peores asesinos como tú, me indigné tanto que lo único que pretendía era escuchar de los labios de ese hombre cuál era el método más efectivo para cobrarme la brutal deuda que habías contraído conmigo.

El resto de esta lamentable historia ya la conoces. La distancia entre las dos prisiones no era mucha. De la una, subterránea, subía yo algunas veces para torturarte con mis apariciones. Tan solo tenía que atravesar algunos pasi-

llos húmedos y tenebrosos a los que mi vista se acostumbró con rapidez para dar con la celda donde intentabas descansar por las noches. Confieso que el efecto terrorífico que observaba en ti cuando mi sombra surgía en la penumbra me llenaba de alegría. De alguna forma, veía compensados mis deseos de venganza. Incluso me regocijé cuando tu salud se iba mermando poco a poco. Te analizaba en tu más profunda inconsciencia tras tomar tu medicación, aquella que te mandaban los doctores para aliviar tu “locura”, cuando resultaba que tu pérdida de razón era provocada directamente por mí con mi fatal intervención.

¡Qué placer sentía con mis visitas, con tus intensos ataques de angustia! Notaba tanto deleite que le solicité a aquel siniestro alcaide que me permitiera frecuentarte con mayor asiduidad. Sin embargo, en su inteligencia maligna, aquel ser me recomendó que espaciara en el tiempo mis citas contigo para que no te acostumbraras, no fuera a ser que perdieran efectividad. ¡Pero qué asututo resultaba el “Condottiero” en sus planteamientos!

No obstante, te lo digo a las claras. Por mucha imaginación que emplees, el tiempo que pasaste en la prisión no tiene ni comparación con el padecimiento que yo sufro en mi cárcel, en la que por desgracia continúo viviendo. Sé que mientras que obedezca a ese ser no me ocurrirá nada malo; al menos evitaré que me encierren en una mazmorra de castigo donde la soledad, el agobio y el llanto constituyen el denominador común entre sus fríos muros. En una ocasión y creo que para advertirme, me mostraron cómo era el horror de aquellas solitarias celdas, las condiciones infrahumanas en las que mantenían a los prisioneros y el tormento que les infligían.

Te aseguro que la aflicción que se palpa allí es mil veces más dolorosa que cualquier condena que os impongan en la dimensión de arriba donde tú habitas.

La pena que tú has pagado, ahora que duermes en tu casa, ha sido una cosa de niños, algo infinitamente más liviano que lo que se sufre donde yo me alojo. Además, existe una diferencia fundamental entre un establecimiento y otro. ¿Sabes cuál es, desgraciado? Donde tú has permanecido hay fecha de caducidad. Da igual que sea un año que veinte. Sabes que entras un día pero que existe una jornada, más cercana o más lejana en el tiempo, en la que saldrás con absoluta certeza. Siempre llega un amanecer en el que eres puesto en libertad, como a ti te ha sucedido.

Sin embargo, en la oscuridad de las mazmorras y bajo el dominio de los hombres del "Condottiero", no existen calendarios ni cronómetros que cuenten los minutos. Pierdes por completo la noción de las horas, no hay límites... solo conoces el momento del ingreso, como me ocurrió a mí, pero no sabes cuándo podrás escapar de allí pues eres vigilado constantemente, notas una fatigante presión sobre tus espaldas, como si supieras que a la más mínima desviación puedes resultar castigado con el más brutal ensañamiento. Miles de ojos posan su escalofriante mirada sobre tu nuca. No hay un mañana, ni siquiera una alborada donde puedas sonreír de esperanza al contemplar los tibios rayos del sol acompañándote. ¡Dios mío! Es mejor no pensar en ello porque cuando lo haces, enloqueces. Por eso te entran ganas de no existir, para no tomar conciencia de la angustiada realidad que te rodea y te abraza sin tú desearlo, oprimiéndote como una cuerda que apretaran más y más alrededor de tu cuello.

XV. Acecho de ojos invisibles

De pronto, se hizo el silencio. Lucas, aun manteniendo el contacto visual con Miguel, mantuvo la mirada perdida, bajó sus ojos en aquella estancia en la que se había vuelto a aparecer y comenzó a llorar desconsoladamente. Era la primera vez que se producía un fenómeno semejante en toda esta extensa crónica, lo que acrecentó la sensación de fragilidad en aquella alma sollozante. Tras unos segundos de desahogo y de sonidos quejumbrosos, el espíritu se expresó con un aspecto muy nervioso, mirando con ansiedad a un lado y a otro de la habitación, como si temiera la irrupción de alguien o peor aún, como si tuviera el presentimiento de que una entidad estuviera escuchando la conversación que allí se desarrollaba.

— ¿Qué ocurre, sucede algo raro? – preguntó mi cliente.

— No sé, no estoy seguro, pero tengo la sensación de que me vigilan. Puede que se trate de los esbirros del “Condottiero”. Su influjo se extiende a todas partes, sus brazos son como los tentáculos de un gran pulpo, resulta imposible sustraerse a su presión. Me temo que tengo que volver cuanto antes a la prisión o sospecharán de mí. Ese tirano debe tener delatores por todos los lugares. Si

ven que sigo aquí no quiero ni imaginar lo que me puede esperar. Además, confío en que no se hayan enterado de que esta noche en vez de torturarte como siempre, tan solo me he limitado a hablar contigo para relatarte mi aterradora experiencia. Te diré algo: ahora que tengo que desplazarme hasta tu casa, empleo más tiempo en llegar aquí porque la distancia hasta la prisión donde me ubico es más larga. ¡Maldita sea! Los controles de sus servidores se intensifican, es como si recelaran de mi actitud, por si acaso se me pasara por la cabeza escapar de aquella madriguera excavada bajo tierra. Tengo miedo; he de irme ya. No creas que te vas a escapar de mí tan fácilmente porque hoy no te haya atormentado como en otras ocasiones. Regresaré a buscarte. Eres un asesino, no lo olvides, por tu culpa he perdido la noción del tiempo que llevo arrastrándome, privado de la luz. “Gracias” a tu gesto homicida tan solo puedo hablar con los miserables acólitos de ese “ogro” que todo lo controla, que todo lo ve. Es angustioso; sus miles de ojos se reparten por todo el espacio para inspeccionar mis movimientos y descubrir hasta mis pensamientos más recónditos.

— ¡Pero un momento, quisiera hacerte algunas preguntas! No te vayas aún. Necesito saber...

Todo resultó inútil. El intento desesperado de Miguel por retener en su casa a aquella silueta fantasmal para pedirle explicaciones resultó infructuoso. Fue así como la forma vaporosa se difuminó en mitad de la penumbra hasta desaparecer por completo.

Yo me quedé pensativo ante el torrente de hechos que mi paciente me había narrado en mi consulta a última hora de la tarde. Por más que hubiera leído o escuchado

acerca de historias de parecidas características, no dejaban de sorprenderme las condiciones de vida dentro de aquel submundo tenebroso, que probablemente constituía una zona más dentro del Umbral o como quiera que se le denomine.

— Bien, Miguel – afirmé. Hemos dado un primer paso fundamental. Yo he avanzado en mi análisis de la situación y tú estás más cerca de lo que crees en cuanto a la reconducción del caso. Lo más esperanzador, en mi opinión, es la actitud mostrada por tu antiguo compañero. No le conozco bien, solo indirectamente por lo que tú me has contado sobre él, pero creo poder afirmar que tal vez se produzcan sorpresas a corto plazo.

— ¿Y qué novedades pueden ser esas?

— No estoy seguro. Conviene ser cautos. Este tipo de cosas lleva su propio ritmo pero por lo que me has relatado, intuyo que nos hallamos más cerca de la resolución de este problema que ayer mismo. Y eso es mucho, Miguel, aunque te cueste aceptarlo. ¿Acaso no has notado que su última visita a tu casa ha sido diferente a las otras?

— Por supuesto. Antes, Lucas se dedicaba a aterrorizarme, no existían otras opciones en su comportamiento. Sin embargo, en esta ocasión, se ha limitado a describirme la realidad de un pasado amargo, brutal y pleno de violencia, pero ha sido eso, una simple enumeración de hechos trágicos que al parecer forman parte de un ayer vivido en común con él.

— Mira, Miguel, desde que tengo uso de razón siempre he creído en la reencarnación. Eso no me hace ni me-

jor ni peor que nadie, pero a mí me sirve para encajar los diversos trozos de la realidad en un cuadro mucho más amplio donde se entrelazan las causas y los efectos generados por el propio ser humano. Es cierto que admitir este fenómeno constituye una opción personal que a nadie se puede imponer. Hasta ahora, la ciencia tan solo se ha podido acercar a esta cuestión a través de la hipnosis y de la llamada terapia regresiva. Se trata con ello de acceder a la base de datos que todo sujeto posee, que permanece en su inconsciente y a la que no se puede llegar en condiciones “normales”. Si supieras la cantidad de información que aflora en esas sesiones de viaje al pasado, te asombrarías. Ya verás cómo en los próximos años se avanza en este terreno hasta obtener resultados mucho más concluyentes. ¿Qué opinas de este hecho?

— La verdad es que no se trata de creer o no creer en la reencarnación, simplemente nunca me había planteado la existencia de esta cuestión. Desde luego y visto lo visto, una vez examinado el testimonio de Lucas, es un tema que me replantearé.

— De acuerdo – le contesté. Si te das cuenta, estamos avanzando en la línea correcta. No conviene perder el hilo de esta trama que nos va a conducir a desentrañar el enigma. Ahora mismo contamos con más datos que hace unas fechas. Me mantengo optimista al respecto. Por cierto, una cosa muy importante antes de despedirnos: quiero que tan pronto como establezcas la próxima comunicación con tu “víctima” me llames para concertar una entrevista rápida. No lo dudes. Ten por seguro, sin la más mínima duda, que Lucas volverá a contactar contigo.

Tras despedirnos amigablemente, dada la corriente de simpatía mutua que se había generado entre nosotros, transcurrió algo más de un mes desde mi último encuentro con mi cliente. Ante la falta de referencias, lo que para mí constituía una sorpresa, opté por llamarle por si hubiera sucedido algo de lo que yo no hubiera tenido ocasión de enterarme. Nada, absolutamente nada. Ninguna novedad en el caso, ninguna aproximación de Lucas, ningún mensaje. Por extraño que parezca, mi paciente había tenido un mes plácido, sin sufrir visita alguna durante el período de sueño. Escamado por la ausencia de noticias, empecé a sospechar que algo raro ocurría, que quizá el espíritu de Lucas estuviera soportando algún tipo de represalia o castigo por parte de aquel siniestro personaje apodado el “Condottiero”. Por ese motivo, al hablar con Miguel, le recomendé que no bajara la guardia pues el hecho de que nada nuevo sucediera no era un indicador fiable de que la coyuntura explicada se hubiera resuelto para siempre. A pesar de la falta de datos novedosos, mi intuición me decía que el examen de mi cliente daría la cara de un modo u otro y además de la forma más imprevista.

XVI. Aparición imprevista

Sábado por la tarde. Me encontraba en casa con mi familia, relajado, descansando de una semana de intenso trabajo. De pronto, sonó el teléfono. Confieso que aquel ruido que se coló como un invitado inesperado en mi hogar me incomodó, pero nada más oír el primer timbre de la llamada, la imagen del rostro de mi paciente, se me vino a la cabeza. Tuve la sensación repentina de que se había producido alguna novedad importante con respecto al caso que tenía entre manos desde hacía meses y en el que curiosamente, se mezclaban los dos componentes de la realidad: el físico y el inmaterial. Dos personajes constituían los actores principales del reparto de aquella obra tan real como la vida misma, tan dramática como cualquier tragedia descrita en la literatura universal.

Miguel, exconvicto, recientemente salido de prisión tras cumplir casi veinte años de pena, exconsumidor de todo tipo de sustancias tóxicas, sin profesión conocida y de salud deteriorada, homicida confeso y condenado por ello. Y Lucas, compañero de andanzas de mi cliente, al que jamás se le reconoció trabajo u oficio alguno, también en su día adicto a las drogas y superviviente de una triste realidad merced al trapicheo con las mismas. Tras

morir a manos de su antiguo camarada, había sido conducido a una especie de prisión bajo tierra, justo debajo de la cárcel donde su verdugo había cumplido con su castigo. Se veía sometido en el inframundo al poder dictatorial de un ser llamado el “Condottiero”, el cual manejaba aquel establecimiento penitenciario a sus anchas y con mano férrea, sirviéndose para ello de una legión de acólitos que cumplían fielmente con sus órdenes.

La misión de Lucas había quedado bien perfilada: torturar cada cierto tiempo y por las noches a aquel que le arrebató la existencia, es decir, a mi cliente, apareciéndose en mitad de la madrugada para aterrorizarle siempre bajo la amenazadora expresión “págame” y que fue justamente la última palabra que escuchó antes de quedar sin pulso y derrumbarse sobre el empedrado de la calle.

Cuando apreté el botón verde del auricular, pude oír la sobresaltada voz de Miguel al otro lado. Le noté asustado, tembloroso en su tono, como si estuviera expuesto a un peligro cierto que pusiera en riesgo su seguridad. Aunque le indiqué que se tranquilizara para entenderle mejor, no lo conseguí al principio, pues no logró articular frase alguna con sentido. Por fin, tras unos segundos de incertidumbre y habiendo dado él unos fuertes resoplidos, pude comprender su mensaje:

— Tengo que ir a la consulta inmediatamente, no puedo esperar más tiempo – expuso mi cliente con gran agitación e inquietud.

— Pero al menos dime de qué se trata – le contesté. Debe ser algo muy grave para que me haga abandonar mi casa en pleno fin de semana y deje a mi familia preocupada.

— Lo siento pero sería incapaz de darte ahora mismo más explicaciones por teléfono. Es lo único que puedo decirte. He de verte en persona. Me urge, por favor.

Alarmado por el extraño acento de aquel hombre al que había conocido hacía unos meses, no pude resistirme ante la invitación a desentrañar aquel enigma, por lo que le comenté que se dirigiera rápidamente a mi consulta donde nos veríamos en tan solo unos minutos. A pesar de la hora que era y de las circunstancias en mi domicilio, el espíritu de la profesión que uno lleva por dentro y el ánimo de ayuda hacia un ser que parecía tan desesperado y que atravesaba tantas dificultades, hicieron el resto.

Pasado un rato, me encontré con mi cliente a las puertas de mi despacho donde atendía a todos aquellos que demandaban mis servicios. Su cara estaba como desencajada, estremecida por el miedo a algo terrible que debía haberle ocurrido. Con premura, penetramos en la estancia. Aunque yo me senté en mi sillón, Miguel sin embargo permaneció de pie, por lo que le hablé con expresión de sorpresa:

— ¿Ocurre algo? Me estás empezando a preocupar.

— ¡Esta aquí! – balbuceó, dirigiendo sus ojos hacia atrás pero sin girar su cabeza.

— ¿Está aquí? Pero ¿quién?

— Él. ¡Quién va a ser!

— ¿Lucas? ¿Te estás refiriendo a Lucas?

— Pues claro. Se trata de él en persona.

— Pero, un momento, no puedo ver ni escuchar a nadie.

— Claro, tú no, pero yo sí. Llevo años tratando con él. ¡Como para no reconocerle! Está esperando...

— ¿Esperando? ¿A quién? – manifesté con gesto de asombro.

— ¡Quién, no! Yo diría el qué.

— Uf, no entiendo nada, amigo. Me he perdido. Comencemos por el principio ¿de acuerdo? Debes explicarme lo sucedido hoy con detalle. ¿Está él quizá en actitud agresiva como otras veces?

— No, ahora mismo se halla en silencio. Nos contempla con mucho interés. Es como si estuviera aguardando acontecimientos...

— Bien, vale, ya veremos qué acontecimientos son esos. Tranquilízate, Miguel, y vayamos a los hechos, al motivo por el que los dos estáis aquí.

— De acuerdo, llevas toda la razón, perdona las prisas, los nervios, es que no sé desenvolverme bien en este tipo de situaciones. Ayer por la noche no descansé muy bien. Hoy, tras el almuerzo, sentí una extraña sensación de dejarme llevar por la modorra, por el cansancio. Le dije a mi madre que me iba a tumbar un rato en la cama para recuperar algo de sueño. No sé qué tiempo transcurrió desde que me acosté en mi cuarto. De pronto, sentí que algo me rozaba por la cara. Inconscientemente, me di la vuelta para seguir durmiendo pero de nuevo, ese algo me volvió a tocar pero ahora con más intensidad por lo que al final, me desperté y me incorporé permaneciendo sentado en la cama.

— Mi sorpresa fue total. Allí estaba, justo a mi lado y de pie. Se trataba de la silueta de Lucas, como ahora se en-

cuentra aquí, con ese vestido negruzco de aspecto pobre-tón que tanto me recuerda a los hábitos de los antiguos monjes de no sé qué época. Se mostraba muy nervioso y movía su cabeza de un lado a otro de mi habitación, como vigilando algo... Te voy a contar exactamente todo el contenido de la conversación que mantuve con él por la tarde, pues para mí, resultaría imposible de olvidar.

XVII. Un motivo de esperanza

— Pero ¿qué te sucede Lucas? Es la primera vez que vienes a fustigarme a plena luz del día y no refugiándote entre las sombras de la noche para acecharme, como siempre has hecho.

— Ya, lo sé, pero es que la ocasión lo requiere. De todas formas, permanece tranquilo. A pesar de la sorpresa que te haya causado, esta vez no he acudido a ti para asustarte ni nada parecido. Confieso que te juzgo como al peor de los asesinos, que el execrable peso de tu acción ha marcado todo este tiempo y mi destino desde que me apuñalaste en mitad de la calle. Quiera Dios que no deba arrepentirme de lo que voy a decirte, pero esta tarde no me domina el afán de maldecirte sino el de pedirte ayuda. Fíjate lo desesperado que debo estar para presentarme ante ti y caer tan bajo, con el daño que me has infligido y aún así, mostrarme humillado por los acontecimientos que se manifiestan e implorar el auxilio de tus brazos.

— ¿Estás pidiéndome ayuda precisamente a mí, tu verdugo por partida doble, aquel que te envió al túmulo al menos dos veces en el discurrir de tu historia? — expresó Miguel con cara de absoluto estupor. No me lo

puedo creer. Aquí está sucediendo algo extraño que escapa a mi control.

— Ahora el pasado no importa, Miguel. Permíteme que te explique, déjame sincerarme desde lo más profundo de mi ser. Me hallo muy inquieto por la posible llegada de los servidores del “Condottiero”. Están por todas partes. Mi paranoia alcanza tal límite que no me fío ya de nadie pero no es una obsesión que haya surgido de la nada, sino que ellos la han alimentado dentro de mí con sus continuas persecuciones, con el completo control que han realizado sobre todos mis actos, incluso sobre mis pensamientos. Ya ves que no me he inventado nada, no te asombres de ello: ya te lo he dicho en otros encuentros que hemos tenido. Ese repugnante alcaide posee una extensa red de informadores que delata a todo aquel que pretende escapar de su influencia o de su establecimiento de castigo.

— ¿Tan brutal es su dominio, su poder?

— No te lo puedes ni imaginar. Eres libre de creerme o no pero ni siquiera a ti te deseo caer en sus garras o en un lugar como el que este personaje regenta. ¡Y pensar que uno se libraría de los sufrimientos cuando muriera! ¡Qué tremenda ignorancia tiene la gente! Te diré una cosa: lo que ese hombre hace cuando caza a algún “desertor” no puede ser justo ni siquiera para el ser más abominable que exista sobre la faz de la Tierra. Por eso te ruego que me apoyes. La verdad es que no sabía a quién acudir y de pronto me acordé de ti. No te extrañes de lo que estás escuchando. He estado reflexionando y después de todo el suplicio al que me he visto sometido por tu culpa, ha llegado el momento de que empieces a

pagarme esa inmensa deuda que planeaba cobrarme en cuanto tu débil salud terminara por quebrarse y pudiera atraparte ya con mis dedos. Mi angustia es tan grande que aquí, en la habitación de tu casa y a esta hora de la tarde, te propongo un pacto de honor entre caballeros.

— ¿Honor? Vaya palabreja que te acabas de inventar – comentó mi cliente con una fuerte carga de ironía. Después de tantas temporadas preso, sin libertad y con la existencia que he llevado, ya ni me acuerdo del significado de ese término.

— Escúchame, Miguel, porque esto es muy importante. Si colaboras conmigo en el asunto que ahora te voy a detallar, te juro solemnemente dejar de acosarte, liberarte para siempre con mi perdón por todo lo que me hiciste y que padecí en mis carnes.

— Me temo que me he perdido. Además, no sé ni cómo ayudarte ni el porqué de este cambio repentino de actitud.

— Pero ¿es que no lo entiendes? ¿Estás ciego o sordo, o ambas cosas a la vez? ¡Hoy he tomado la decisión más importante, la más grave de mi vida! ¡Me he escapado, me he evadido! Dios mío, ¡no lo soportaba más! Ya no aguantaba por más tiempo la oscuridad de aquel siniestro lugar ni a los miserables esbirros de ese personaje con sus estúpidas amenazas y su servilismo. Tampoco resistía más los gritos de dolor de los desdichados sujetos obligados por el “Condottiero” a permanecer por la fuerza en aquellas frías mazmorras. ¡Ah, me sacaban de quicio, sus chillidos me trastornaban a todas horas del día y de la noche hasta hacerme caer en la locura! Esas malditas risotadas de placer efectuadas por el alcaide,

cada vez que trincaba a algún infeliz de vuestro plano o a otra entidad que había intentado huir sin éxito. Sus órdenes, sus miradas, sus gestos...son un martirio añadido a la tragedia que de por sí supone estar atrapado en aquel sitio de sufrimiento y amargura. Si no quieres saber nunca lo que significa la palabra “miedo” jamás te acerques a esa zona tan horrenda o te arrepentirás. Es un consejo que te doy para cuando te llegue la hora de abandonar ese traje de “carne” que todavía vistes. ¡Estoy harto! Socórreme, Miguel, ofréceme tu mano para fugarme de allí para siempre y te prometo que olvidaré paso a paso, punto por punto, todos los padecimientos por los que tenido que transitar en todo este tiempo. ¡Por favor, estas próximas horas resultarán cruciales para el éxito de mi misión! No podría resistir tener que volver allí de nuevo como prisionero. ¡Eso sería el fin!

— Lucas, estás empezando a asustarme con tu actitud. No hace falta que te arrodilles ante mí para solicitar un favor de mi parte. Eso sucederá en ese reino deplorable del que procedes. ¡Venga, hombre, no seas tan patético! Incorpórate y no te arrastres más por el suelo. ¡Qué horror, parece que estás hablando del mismísimo infierno! Además, ¿qué puedo hacer yo? No tengo ni la menor idea de cómo ayudarte. Estoy acabado ¿no me ves? No sé si te habrás olvidado de que he estado entre esta condena y las anteriores casi treinta años entre rejas. Ya no tengo ilusión por nada, todo me deprime; lo único que me aliviaría es que dejaras de agobiarme para siempre con tus malditas apariciones. ¡Y ahora, por si fuera poco, pretendes amedrentarme con historias espantosas de terror!

— A eso iba, Miguel. Hoy me sucedió algo extraordinario que ahora mismo te voy a desvelar. Por fin hallé en esa prisión subterránea a alguien diferente al alcaide o a alguno de sus secuaces. Se trataba de un hombre de mediana edad que apuntaba a ser uno más entre sus más fieles criados, pero sin embargo, esta misma mañana y en un instante en el que me encontraba a solas con él, me comentó acerca de la posibilidad de escapar de allí, de aquel endemoniado establecimiento. Como comprenderás, me quedé como pasmado pero era tanta mi desconfianza ante ese ofrecimiento que tardé muy poco en sumirme en la decepción, pues entendí que era una trampa tendida por el malvado “Condottiero” para ponerme a prueba y si no la superaba, enviarme directamente a una oscura celda donde maldeciría durante jornadas no haber sido leal a sus designios. Sin embargo, su mirada era limpia, clara, absolutamente diferente a la de los seres que poblaban aquel recinto, por lo que me perdí en un mar de dudas sobre si lo que me estaba sucediendo era algo verdadero que acabaría con mis padecimientos o si tan solo se trataba de una vulgar celada para asegurar mi fidelidad a los ideales del “Condottiero”. Mi cabeza iba a estallar de un momento a otro, intentando hallar un atisbo de esperanza o de lucidez y fue entonces cuando ocurrió algo inaudito.

XVIII. Huyendo del terror

— Lo que sucedió fue que ese desconocido – prosiguió Lucas con su relato, con el que jamás me había cruzado palabra alguna, me tocó al posar su mano sobre uno de mis hombros y de repente, experimenté una maravillosa sensación de alivio que despejó cualquier duda que pudiera albergar en mis adentros. Te confieso que de todo el tiempo que pasé entre aquellos lóbregos pasadizos, esa impresión fue la más bella de mi trayectoria, imposible de describir con exactitud a través del lenguaje. Me di cuenta rápidamente que no se trataba de una farsa, de un intento por parte de aquel ser de engañarme para luego entregarme a los esbirros del alcaide.

Aunque confiaba en él, no quería aguardar más segundos pues deseaba a toda costa preguntarle quién era y por qué hacía aquello. Su respuesta me dejó helado de asombro. Me comentó que actuaba como un “infiltrado” en aquel perverso grupo, en esa zona subterránea que cumplía con las funciones de cárcel de castigo. Al parecer, su trabajo primordial consistía en liberar, cuando llegara el momento oportuno, a alguno de los presos capturados por el “Condottiero”. Sin embargo, esta arriesgada acción tan solo podía acometerla cuando observaba un cambio de actitud significativo en la persona que iba a

auxiliar para huir de aquel sitio maligno. No quiso facilitarme su nombre por mi seguridad, según expresó.

También le planteé si no tenía miedo a que le descubrieran, pues era consciente de las terribles consecuencias a las que se enfrentaría si era desenmascarado por traicionar al jefe del establecimiento. Aquel ser esgrimió una cálida sonrisa comunicándome que se había entrenado previamente a los efectos, por lo que resultaba del todo imposible que fuera delatado o sorprendido en una de sus operaciones. Después de la breve conversación, me proporcionó un dato decisivo que me empujó definitivamente a adoptar la resolución de huir a toda prisa de aquel entramado de cuevas y mazmorras.

— ¿Y qué dato tan extraordinario era ese? – manifestó con gran curiosidad Miguel.

— Ni más ni menos me preguntó si yo sabía el tiempo que llevaba allí cautivo. Le respondí que lo desconocía porque había perdido totalmente la noción de las horas y los días, sumergido como me encontraba entre las tinieblas de aquel rincón donde la maldad y el sufrimiento campaban a sus anchas. La contestación que escuché por parte de aquel hombre cuya procedencia ignoraba, pero bella persona al fin y al cabo, me dejó aturrido, desorientado ante lo espeluznante de su respuesta. ¡Veinte años! ¿Sabes lo que es eso? ¿Eres consciente del largo período que he perdido allí dentro, bajo tierra, atrapado en una especie de túnel sin fin del que no sabía cómo salir?

— ¡Ah, creía que llevabas la cuenta de tu etapa en ese tétrico lugar! Yo lo único que sé es que contaba cada una de tus fantasmagóricas visitas, pensando que desaparecerían tan pronto como saliera en libertad.

— Sí, claro. Cuando yo vivía en tu mundo también sabía mirar de vez en cuando el calendario y calcular las fechas. Pero ya te he dicho que a pesar de lo duro que pueda resultar cumplir condena en una de tus cárceles, como a ti te ha sucedido, nunca tendría una comparación equivalente con la crueldad del penal del que hace un rato he escapado. Has de entender que en ese inframundo del que provengo, los recuerdos se confunden, la memoria permanece como atrofiada y por supuesto, el concepto de día y noche como tú lo mides se diluye entre las nieblas de la más intensa turbación.

— Vale, está bien. ¿Y qué más aconteció?

— Aquel prodigioso sujeto en el que deposité la escasa confianza que me quedaba en el género humano, me condujo en unos instantes a una galería que yo ignoraba que existiera. Tras recorrerla por completo y ya casi al final de la misma, me aseguró que me sería fácil hallar una salida no vigilada por los guardianes de aquella horrenda penitenciaría. Antes de abrazarle por su benefactora ayuda, roto por la emoción pero marcado por la más plena ilusión, tan solo me aportó un dato esclarecedor: me dijo que provenía de un lugar donde la luz predominaba sobre las tinieblas.

— ¡Caramba! – apreció con sorpresa Miguel. Espero algún día encontrar un sitio como ese, porque con lo que me he topado hasta ahora en mi vida ha sido más bien con las sombras...

— Por último, le di las gracias por el inmenso favor que me había hecho, pero al contemplar mi rostro temeroso, dubitativo, a pesar de que iba a poder escabullirme en segundos de ese maldito centro de tortura, me

tranquilizó al ofrecerme una vital información: me dijo claramente que te buscara, a ti, Miguel, no a otro, pues según él había llegado la hora de reajustar ciertas cuentas del pasado. Me habló de la reconstrucción de unas relaciones y que todo ello pasaba por la reconciliación y no por las peleas o las disputas eternas. Tras estrecharme con sus brazos, te juro que experimenté una emoción de sosiego como nunca antes había tenido, tan solo comparable a la que sentía cuando mi madre me envolvía de niño con sus manos.

He aquí la razón por la que estoy aquí. Ahora ya lo sabes, por eso busco tu ayuda y estoy en tu hogar a esta hora intempestiva del día. No sé cómo podrás hacerlo pero si ese hombre prodigioso me remitió a ti, sería por algo. Dio la impresión de ser alguien sabio, recto, por lo que creo que no me iba a mentir con lo de acudir a buscarte a tu casa. Mira, ya ha transcurrido un tiempo desde que huí de allí y lo cierto es que todavía no me han detenido. Tal vez esta persona les haya confundido con alguna información contradictoria o algo así. Lo importante es que sigo libre, a pesar de que mis miedos todavía no se han disipado. Y es que esa gentuza es muy hábil en localizar a los que han desertado. ¡Si lo sabré bien porque lo he presenciado con mis ojos repetidamente!

Miguel, no podemos permanecer pasivos. Cuanto más avance tu reloj más probable será que me echen en falta y entonces sus esfuerzos por atraparme se redoblarán. He de refugiarme en algún lugar seguro para pasar desapercibido, a salvo del "Condottiero". Te lo suplico, haz algo ya. Nunca hubiera supuesto que iba a estar en tu habitación implorando tu auxilio, mas es tanto lo que me juego en

esta coyuntura que no me importa rogarte, como ya ves. Si finalmente logro evadirme de ese infierno, sé que mi existencia cambiará como de la noche al día.

— ¡Eh! Un momento, Lucas. Se me ha ocurrido una idea mientras hablabas, ha sido algo repentino que ha atravesado mi mente como un rayo de luz. Me he acordado del psicólogo que me atiende, aquel al que tuve que acudir por tu culpa, pues aunque había salido de la cárcel tú seguías torturándome con tus malditas apariciones. Necesitaba ser atendido por un especialista con urgencia... ¡Ya lo tengo! Quizás él pueda colaborar en la solución de este complicado asunto...

XIX. Prueba de liberación

— Mira, Lucas, - expresó con una mueca esperanzadora Miguel - creo que ya sé lo que vamos a hacer. Voy a llamar a este hombre, espero que no se moleste aunque se trate del fin de semana. En verdad, voy a trasladar un problema exclusivo de nosotros dos a un desconocido, pero lo cierto es que no se me ocurre ni qué hacer ni dónde buscar ayuda que no sea a través de este profesional.

Así terminó la exposición de unos hechos acaecidos en las últimas horas de un sábado más que agitado. Un extraño silencio se apoderó de la sala de consulta, tras el relato pormenorizado que Miguel había efectuado sobre lo sucedido en su reciente encuentro con Lucas. La situación cuando menos resultaba desconcertante. Un espíritu nervioso e impaciente aguardaba respuestas tras haber escapado de un laberinto terrorífico. Por fortuna, no era la primera vez que me exponía a coyunturas de ese carácter, ya que había estudiado desde hacía años esa esfera “invisible” que interactúa constantemente con la nuestra, la que vemos y tocamos, por lo que hube de plantearme el tomar una decisión urgente a fin de re-conducir la situación de aquellos dos personajes atra-

pados en la nave de un trágico pasado que quizás ahora empezara a tomar un nuevo rumbo.

— Bien, haremos una cosa – intervine. Como yo no puedo percibir ni oír a Lucas, tú, Miguel, además de ser mi cliente, hoy habrás de hacer de “traductor”. Creo que se trata de una buena opción. Por favor, pregúntale en primer lugar si puede verme y escucharme.

— Sí – contestó Miguel, cumpliendo labores de improvisado intérprete. Es capaz de hacerlo perfectamente. No existe ningún problema, te entiende y te distingue a la perfección.

— Correcto – respondí. Entonces, escúchame con atención, Lucas. Ahora mismo tienes que permanecer aquí, en esta estancia, digamos que en calidad de “refugiado”; después de todo, estás huyendo de un poder que te persigue, que pretende abusar de ti y mantenerte rehén de sus propósitos hasta Dios sabe cuándo. Tú deesas con todas tus fuerzas liberarte para siempre de ese yugo de dolor que durante tantos años te ha aprisionado. Dentro de un rato, nosotros nos iremos pero tendrás que vencer la tentación de seguirnos. Aunque podemos interceder por ti, tú lo que precisas ahora es la ayuda de alguien que habite en el mismo plano al que perteneces, es decir, la dimensión espiritual. Insisto, nosotros somos meros intermediarios pero tienes que comprender que yo no puedo agarrarte de la mano y llevarte a un sitio concreto donde estés a salvo. Eso no nos corresponde a los seres de carne y hueso. Al principio te va a resultar duro, te lo digo ya para que no te lleves sorpresas ni te dejes arrastrar por la sensación de pánico. Piensa que quedarte en esta consulta solo y en silencio puede acti-

var todos tus miedos. Tienes que convencerte que mientras que estés aquí te hallarás protegido de cualquier influencia negativa.

— Espera – intervino mi paciente. Me cuenta Lucas que no sabe si estará en disposición de superar ese temor que tú has comentado, especialmente el de estar en soledad en un sitio para él totalmente desconocido. Pero...un momento, ahora rectifica, también me expone que eso no será nada en comparación con el espanto de la prisión subterránea de la que ha escapado. Quiere que sepas que hará lo que haga falta con tal de no regresar al infierno del que proviene y en el que le han obligado a vivir durante los últimos veinte años. Para él, resulta tan esencial salir de allí que está dispuesto a realizar cualquier sacrificio con tal de no volver a ver al “Condottiero” o a alguno de sus secuaces. Por último, me dice que quiere saber qué es exactamente lo que tiene que realizar durante el tiempo que deba permanecer en este despacho.

— Atiéndeme con todo tu interés, Lucas – le dije a aquella alma atormentada. Esto es lo que tienes que hacer. Se trata de un simple ejercicio de concentración y debes poner todo tu esmero en desarrollarlo a la perfección. Te he estado oyendo y creo que bajo ningún concepto deseas retornar a ese submundo del que has logrado huir. La clave se sitúa en no dispersar tu atención. Una vez que Miguel y yo nos hayamos ido deberás centrar todo tu pensamiento en una sola y única imagen: intenta recordar por todos los medios la figura de aquel hombre que te ayudó con lealtad a escapar de tu suplicio de tantos años. Te pregunto ¿tienes en mente su rostro?

— Me comenta Lucas que sí – respondió el agobiado espíritu a través de la boca de Miguel. Dice que jamás podría olvidar la cara de aquel benefactor que le iluminó el camino hacia una ansiada libertad.

— Perfecto – agregué. La práctica que has de efectuar de modo constante tiene dos partes, pero ambas conectadas entre sí. Por un lado y como te he dicho, visualiza el semblante de esa entidad como si realmente la tuvieras enfrente de ti: contempla sus ojos, su mirada, su piel, su boca, el eco de su voz cuando te hablaba. Y en segundo lugar, deberás realizar con tu mente un esfuerzo supremo por llamarle, por citarle para que acuda junto a tu lado. Convócale justo a esta habitación, dile que se aproxime a ti, que venga en tu búsqueda. En este aspecto reside el secreto, amigo: no perder tu concentración sino mantenerla durante todo el tiempo, sin distracciones absurdas. Como se suele decir, tienes que estar en lo que tienes que estar. Piensa en todo lo que puedes dejar atrás para siempre, en el rumbo completamente nuevo e ilusionante que puede dar tu existencia. Seguro que con ello te resultará mucho más fácil invertir todas tus energías en la tarea que te he encargado.

— Perdona, - interrumpió mi cliente - pero me pregunta por el tiempo que debe durar esa labor que le has encomendado.

— Tengo que decirte, querido amigo, que no hay un límite. Cuanto más contundente, cuanto más serio sea el trabajo que efectúes o más condensados resulten tus pensamientos para llamar a ese ser, antes obtendrás resultados. Tenlo por seguro. Siento decirte que el esfuerzo por lo que a ti respecta puede ser enorme pero que

los efectos bien te valdrán la pena. Por mi parte, no hay nada más que decir. Creo que he sido lo suficientemente claro.

— Me comenta Lucas que seguirá al pie de la letra todas tus instrucciones, que se halla ante un momento crucial para acabar definitivamente con su sufrimiento. ¡Uf, qué pena, él está llorando, lleva sus manos a sus ojos como para disimular sus lágrimas de emoción! ¡No sabe cómo agradeceréte!

— Es comprensible – añadí. No pasa nada, sus sentimientos son señal del fuerte compromiso que ha adquirido consigo mismo. Eso le hará más fuerte. Recuerda: absoluta claridad de concentración y absoluta voluntad de desear lo que más añoras, es decir, tu completa liberación. Hoy puede abrirse una puerta hacia la luz delante de tu propia vista. Debes aprovechar la ocasión. Ha llegado el instante supremo de dar el salto. ¡Buena suerte Lucas y que Dios te ampare!

XX. Obreros del rescate

Tras el vibrante encuentro mantenido entre los tres, mi cliente y yo procedimos a salir de la consulta y nos despedimos con el mejor de los deseos, no sin dejar de pensar en aquel espíritu arrancado de la vida terrenal hacía unos veinte años y al cual le había llegado el momento justo de cambiar de escenario. Y es que así funcionan las cosas, pues todo tiene su ocasión y su razón de ser. No antes ni después, ni por suerte o caprichosamente, sino solo cuando nos hallamos preparados y dispuestos. Y es que las explicaciones atribuidas al azar solo caben en cabezas ignorantes.

Le comenté a Miguel que me sentía optimista en un doble sentido. Por un lado, intuía que su sufrimiento, el de mi paciente, estaba llegando a su fin, lo cual, visto su itinerario, le supondría un inestimable alivio para los años que le restaran de vida. Por otra parte, conocía hasta cierto punto los mecanismos de funcionamiento de la dimensión espiritual; por ello, confiaba ciegamente en que el alma de Lucas, recluida y atormentada durante tanto tiempo en ese submundo terrorífico, bajo el mando despótico de aquel sujeto que se hacía llamar el “Condottiero”, iba a liberarse para siempre de tan angustioso yugo.

Mi certidumbre interior era tal que antes de despedirnos di por concluida la cuestión, aunque por simple prudencia le indiqué a Miguel que si se producía alguna novedad contactara conmigo. En mi memoria quedó grabada la impresión de que se trataba de uno de los casos más enigmáticos y atrayentes que me había tocado atender en mi larga ruta profesional.

Verdaderamente, los planos físico e inmaterial se hallan tan interconectados que resulta imposible separarlos por más que nos empeñemos. Confieso que no fue un asunto para abordar de forma ortodoxa, como hubieran mandado los cánones de la ciencia psicológica, pero en mi opinión, un técnico debe permanecer abierto a introducir en su trabajo las adaptaciones y cambios que con vengan acordes a la naturaleza del problema a enfrentar.

Transcurrieron los días, las semanas y hasta los meses. Una jornada, con el sol en mitad del horizonte, recibí una llamada telefónica de Miguel. Quería invitarme a almorzar en un restaurante sencillo pero impecable, de esos donde sirven comida a un módico precio pero con una calidad más que digna. Acepté gustosamente su ofrecimiento, sobre todo cuando me anticipó que había novedades con respecto al denso tema que ocupó nuestra mente durante tanto tiempo.

La elección del lugar para nuestra reunión no pudo ser más acertada pues el ambiente que reinaba allí invitaba al relato sosegado de las confidencias. Se trataba además de un día laborable, alejado del bullicio de personas que solía observarse allí durante el fin de semana. Fue cuando mi antiguo cliente me expuso cómo hacía dos noches había soñado de una forma extraordi-

nariamente nítida con la figura de Lucas. Por fortuna, en aquella época ya no le afectaban los típicos temores a este tipo de fenómenos como antaño, aunque esta aparición tuviera lugar en la fase onírica.

Yo ya sabía, porque lo había experimentado en el pasado con algunos familiares ya difuntos, que muchas veces los espíritus aprovechan la dimensión de los sueños para comunicarse contigo o simplemente para dar testimonio de su presencia, lo cual ya es bastante para mucho incrédulo que ante tamaña experiencia, queda marcado para siempre dada la fuerte impresión que recibe. Si bien es cierto que solo cree en lo que “ve” aquel que posee la voluntad de ver, este tipo de pruebas suele dejar con mucha frecuencia una huella imborrable en el pensamiento de quien se expone a ellas. Por ese motivo y atendiendo a la narración que me efectuó Miguel, tuve la seguridad de que nuestro amigo del otro “lado” había querido dar a su histórico compañero de andanzas un mensaje de lo más revelador.

Así me enteré que cuando aquella tarde de sábado dejamos en soledad al espíritu de Lucas en mi consulta, este siguió al pie de la letra las instrucciones y consejos que de buena fe yo le había proporcionado. Este se concentró de tal manera y con tanta intensidad en la tarea que le había encomendado, dada su firme intención de no retornar a la prisión de la que había huido, que no pasó mucho tiempo hasta que una mujer con aspecto de doctora y que portaba un uniforme verde reluciente se presentó en el local de mi propiedad. Aquel fue el instante supremo en el que aquella desdichada alma que había soportado no solo una muerte violenta en el plano físico,

sino una tortura continua en su discurrir por la dimensión inmaterial, supo que estaba a salvo.

Al contemplar el luminoso semblante de la fémica, comprendió que no volvería a ver ni al “Condottiero” ni a ninguno de sus esbirros y que los oscuros pasillos y galerías subterráneas de la que había sido su maldita casa durante los últimos lustros desaparecerían de su vista. Aquella entidad que se identificó como médica le comentó a nuestro personaje que había recibido el encargo de recogerle por mediación de Daniel, ni más ni menos que uno de los obreros más cualificados de los grupos espirituales de auxilio que trabajan sin cesar cerca de la corteza del mundo terrenal. Este operario incansable y de cometido tan arriesgado, había sido enviado por los planos superiores para realizar una de las labores más intrépidas de las que se conozcan en esa delgada franja que separa lo material de lo inmaterial. En efecto, se trataba de una zona de auténtica pesadilla que se constituía en lugar de presidio, de castigo, una cárcel de aspecto tan tenebroso y sombrío que las prisiones del mundo físico parecían diseñadas para niños en comparación con aquella.

Daniel era un “infiltrado” en el Umbral, un área tan extensa como solapada con la dimensión física en la que muchos sujetos del “otro lado” se desenvuelven. La labor de este emisario del bien se desarrollaba plenamente en la penitenciaría gobernada de modo despótico por aquel siniestro personaje de tintes macabros, apoyado por toda una legión de servidores que bien fuera por temor o por la persecución malévolamente de los mismos objetivos, le auxiliaban en tan cruel actividad. Uno de los ejemplos

de su esencial tarea como espíritu luminoso había sido facilitar la escapada de allí de nuestro conocido Lucas.

¿Cuánto tiempo llevaría aquel despiadado alcaide dirigiendo con brutalidad dicho establecimiento? ¿Hasta cuándo mantendría bajo reclusión y tortura a tantos y tantos seres que por una u otra razón iban a parar en espantosa tribulación a aquel lugar de padecimientos tras morir? Me temo que nunca lo sabré, al menos por ahora, aunque quién sabe si en el futuro...

XXI. Reflexión final

En ese lúcido sueño que me estaba siendo relatado, Lucas le comentó a Miguel que gracias a las enseñanzas y cuidados recibidos en el hospital al que había sido conducido para recuperarse, había podido percibir que el odio acumulado durante tan larga época no podía conducirlo a nada constructivo sino a extender la desazón y a mantener en el tiempo unos lazos malditos que podían dilatarse incluso hasta siglos, justo hasta que los contendientes en disputa tomaran plena conciencia del poder absoluto del amor y de una de sus más destacadas hijas: la reconciliación.

Asimismo, le dijo que había logrado entender el porqué de todo ese proceso de odios ancestrales que unos seres sienten por otros y que no son eliminados salvo por la redención que el afecto remueve desde lo más profundo de cada uno. Lucas estaba muy contento, nada que ver con la tristeza y el desánimo que exhibía encerrado en aquella madriguera del “Condottiero”, mostrándose optimista durante la comunicación onírica. Sabía que tarde o temprano coincidiría de nuevo en el plano de la “carne” con Miguel, donde realmente debería demostrar con la fuerza de los obras si había sabido interpretar las sabias enseñanzas impartidas por los no-

bles espíritus que se dedicaban a la organización y buen funcionamiento de aquel establecimiento sanitario, en el que muchas almas en similar condición a la suya, eran atendidas y esclarecidas tras sufrir auténticas debacles en su devenir por la corteza terrenal.

Todo quedaba pendiente de reajuste entre los dos antiguos adversarios, aunque la bendita ley de la reencarnación les depararía con absoluta seguridad en el futuro múltiples oportunidades de equilibrar la balanza de sus complicadas relaciones. Lucas, al parecer, había tomado una ligera ventaja ya que, paradójicamente, al morir a la vida física antes, había podido contemplar esa luz de la Verdad que nos aclara nuestros errores y nos anticipa el auténtico camino de liberación. Armándose de una potente voluntad por liberarse de unos sufrimientos más que insoportables, se había decidido por romper de una vez con una dinámica destructiva que lo único que le había permitido obtener era la repetición compulsiva de unos esquemas negativos en el pasado y de los cuales deseaba alejarse con todas sus fuerzas.

Aunque a veces nos empeñamos en esquivar cualquier tipo de coyuntura que nos suponga el más mínimo dolor, lo cierto es que la permanencia de nuestro protagonista inmaterial en aquella lúgubre prisión subterránea y todo el conjunto de padecimientos que le supusieron, le sirvieron de incomparable estímulo, de extraordinario desencadenante para acelerar una rebelión interna en pos de una liberación que habrían de llevarle a zonas espirituales más recomendables. Aún así, Lucas manifestó tener claro que esa revolución iniciada no se vería confirmada hasta que su alma se introdujera

de nuevo en un cuerpo físico, donde podría ratificar los adelantos que en esos momentos estaba experimentando en aquel hospital de las alturas, bajo el gobierno de esos seres tan volcados en la ayuda a las entidades desorientadas que provenían de la superficie terrenal.

En cuanto a Miguel, nunca más volví a saber de él. Supongo que proseguiría con su deambular por la existencia, aunque al menos y tras tantos años de penalidades, reforzado en lo moral por aquella tremenda prueba con su compañero de la otra dimensión y que debió marcarle sus adentros como la tijera afilada rasga el velo de nuestra ignorancia y nos permite vislumbrar lo que hay más allá de las apariencias. Él aún tenía por delante mucho camino por recorrer, al igual que todos nosotros nos enfrentamos regularmente a situaciones que de uno u otro modo, sirven para acelerar nuestra marcha evolutiva.

Hemos de permanecer necesariamente alegres, dichosos, ya que los buenos espíritus realizan su trabajo con total efectividad, conscientes de que su misión primordial consiste en velar por nosotros, seres que circulamos con nuestros pasos por la esfera física y que como todos, cada uno en sus circunstancias y en su nivel adecuado, luchamos por avanzar en ese trayecto inmortal e infinito que el Creador nos ha propuesto al lanzarnos a la aventura de la vida. Él nos conoce y dadas nuestras debilidades no nos iba a dejar huérfanos de amparo. Puede que el temporal arrecie, mas existe una ley no escrita que nos indica que luego llega la calma, el momento propicio para entregarnos al análisis y reflexionar sobre nuestra actuación en medio de la tormenta que suponen los desafíos de nuestro destino.

Dotados de libre albedrío y de voluntad, podemos desplegar las velas de nuestra nave, surcar por diferentes mares, aprovechar la bonanza de los vientos favorables o permanecer estancados en la aparente calma de nuestra desidia. Algunos, incluso en el más despejado de los días, prefieren la falsa seguridad de los diques del puerto al riesgo de la navegación. Pero que se sepa, los barcos no se construyen precisamente para permanecer anclados en la protección del muelle. Fuimos nombrados capitanes, qué fácil ascenso pero qué gran responsabilidad, pues cada uno gobierna el rumbo de su singladura y tan ancho resulta el horizonte del extenso océano que nadie salvo la propia inteligencia determina el derrotero a trazar y la velocidad a la que viajar. Sintámonos salvados, pues no existe tempestad que pueda hundir nuestro bajel pero reconociendo la gratitud hacia el que nos dispuso como intrépidos comandantes.

¡Bendiciones a todos! ¡Qué grandes noticias plenas de esperanza nos aportan estas crónicas humanas como la que hemos leído! ¡Ni siquiera en el rincón más oscuro donde nos escondamos para llorar nuestras amarguras, permaneceremos solos!

Por cierto, me despido de vosotros hasta la siguiente historia pero con la inquietante duda de cuál sería la identidad de quien golpeó brutalmente la puerta de la celda en aquella infausta jornada en la que Miguel, nuestro protagonista de este relato, estuvo a punto de anticipar por propia voluntad su salida al plano espiritual cortando sus venas. La hemorragia no se detuvo pero la ayuda que preservó su existencia llegó pronto debido al escándalo ensordecedor que se formó, lo que permitió

su evacuación al hospital y por ende, su continuidad entre los que visten el “traje físico”. Por más desesperados que nos sintamos, la soledad es tan solo una mera ilusión que se despliega ante nuestra vista física, mas no ante los ojos del alma. Y todavía me pregunto: ¿quién resultaría aquel anónimo bienhechor?

FIN

